

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVI

San José, Costa Rica **1933** Sábado 22 de Abril

Núm. 15

Año XIV. No. 631

SUMARIO

De los "géneros" de poesía a la poesía pura	Paul Valéry	Poesías	Paul Valéry
La guardarraya	Luis Felipe Rodríguez	La eterna historia de las dictaduras	Guillermo Ferrero
Tablero		"Apuntes"	Pedro Julio Mendoza Bruce
De los tuetes en flor...	Juan del Camino	Alarcón y el testimonio de Gutiérrez Nájera	Elena Torres
En cada calle, un kindergarten	José Martí	El uso de los alimentos	José de J. Núñez y Domínguez
"El final de Norma"	Arturo Capdevila	José Martí y Gutiérrez Nájera	José Martí
Alarcón, evocado en su centenario	M. Fernández Almagro		
Del homenaje de Chile a su pintor González	Pedro Prado, Diego Dublé Urrutia y P. Sienna	Manuel Gutiérrez Nájera en "El Americano"	

De los "géneros" de poesía a la poesía pura

Una duda ha desaparecido del espíritu desde hace más de cuarenta años. Una demostración definitiva ha colocado en la categoría de los sueños la antigua ambición de la cuadratura del círculo. Dichosos los geómetras que resuelven de cuando en vez alguna nebulosa de su sistema; pero, los poetas lo son menos; ellos no están todavía convencidos de la imposibilidad de cuadrar todo pensamiento en una forma poética.

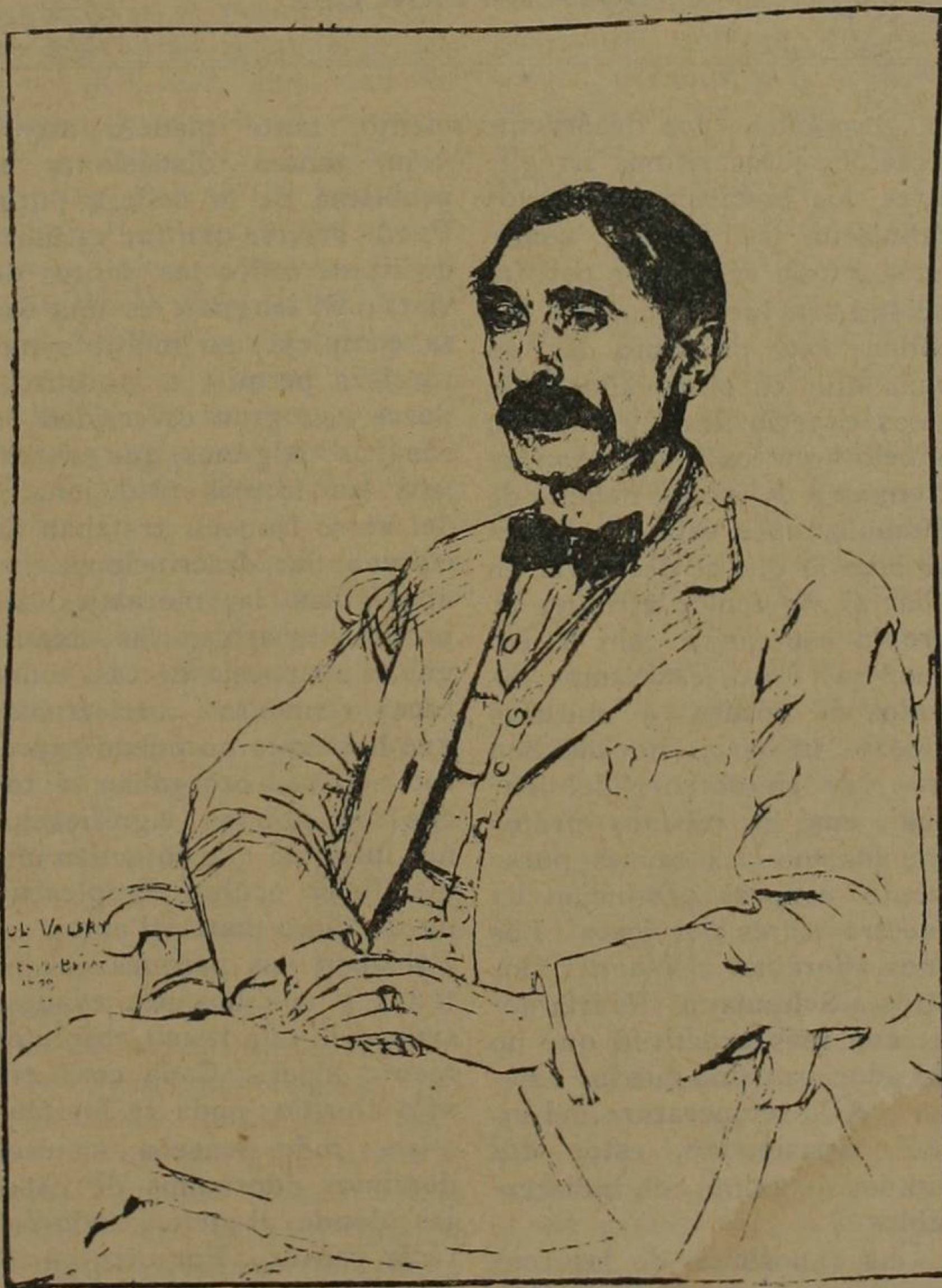
Como las operaciones que conducen el deseo a construirse una figura de lenguaje, armoniosa e inolvidable, son muy secretas y muy complejas, se permite aún—y se permitirá siempre—dudar sobre si la metafísica, la ciencia, la historia, la política, la moral, la apologética—y, en general, todos los asuntos de la prosa—no pudieran tomar por apariencia la apariencia melodiosa y personal de un poema. Esto no sería sino una cuestión de talento: ninguna prohibición absoluta. La anécdota y su moraleja, la descripción y la generalización, la enseñanza y la controversia—no veo materia intelectual que no haya sido, al través de las edades, sujeta al ritmo y sometida por el arte a extrañas, a divinas exigencias.

Como ni el propio objeto de la poesía, ni los métodos para unirla están aún elucidados, pues callan aquellos que los conocen, mientras hacen comentarios aquellos que los ignoran, resulta que toda claridad sobre esta cuestión permanece individual, se permite la más grande contradicción en las opiniones y hay, para cada una de ellas, ilustres ejemplos y experiencias difíciles de refutar.

Viene a favor de esta incertidumbre la producción de

= Envío y versión de Rafael Lozano (2708 Gold St. El Paso, Texas. U. S. A.) =

Estas páginas del insigne autor de *El Cementerio Marino*, donde se resumen las transformaciones sucesivas que ha sufrido el concepto de lo que es la poesía y que originaron el marbete de «poesía pura», objeto de tantas controversias en estos últimos años, es el liminar del prólogo que escribió para el libro de Lucien Fabre, *La Connaissance de la Déesse*. Omíto la segunda parte por referirse exclusivamente al volumen que prologa.—R. L.



Paul Valéry

Según dibujo de Emile Bécot

poemas sobre los asuntos más diversos que continúa hasta nosotros; aun las más admirables obras versificadas, las más admirables, quizás, que nos hayan sido transmitidas, pertenecen al orden didáctico o histórico. El *De Natura Rerum*, las *Geórgicas*, la *Eneida*, la *Divina Comedia*, *La Leyenda de los Si-*

glos... obtienen una gran parte de su substancia y de su interés de las nociones que hubiera podido recibir la más indiferente de las prosas. Pueden ser traducidas sin volverlas del todo insignificantes. Era, pues, de presentirse que vendría un tiempo en que los vastos sistemas de esta especie cederían a la diferencia-

ción. Puesto que pueden ser leídas de varias maneras entre sí, o desunirlas en momentos diversos de nuestra atención, esta pluralidad de lecturas debía conducir algún día a una especie de división del trabajo. Es así como la consideración de un cuerpo cualquiera ha exigido, al través del tiempo, la diversidad de las ciencias.

Vese, en fin, hacia la mitad del siglo XIX, pronunciarse en nuestra literatura una voluntad notable para aislar definitivamente la Poesía de toda otra esencia que no sea ella en sí. Semejante preparación de la poesía al estado puro había sido predicha y recomendada con la mayor precisión por Edgar Allan Poe. No es, por consiguiente, asombroso ver comenzar en Baudelaire este ensayo de una perfección que no se preocupa sino de sí misma.

Al mismo Baudelaire pertenece otra iniciativa: es el primero, entre los poetas franceses, que siente, invoca e interroga a la Música. Por Berlioz y por Wagner, la música romántica había buscado los efectos de la literatura, y los obtuvo magníficamente; lo que es fácil de concebirse, ya que la violencia, si no el frenesí, la exageración de profundidad, de dolor, de brillo o de pureza que estaban dentro del gusto de aquel tiempo, no se traducían en el lenguaje sin traer consigo muchas frivolidades y ridiculeces insolubles en la duración; esos elementos de ruina son menos notables en los músicos que en los poetas. Esto es quizás porque la música trae consigo una especie de vida que nos impone por lo físico, mientras que los monumentos de las palabras nos exigen vida en vez de proporcionarla.

Como quiera que sea, vino para la poesía una época en que se sintió palidecer y desfallecer ante las energías y los recursos de la orquesta. El más rico, el más retumbante de los poemas de Víctor Hugo está muy lejos de comunicar a su auditorio esas ilusiones extremas, esos estremecimientos, esos arrebatos; y, en el orden cuasi intelectual, esas falsas lucideces, esos tipos de pensamiento, esas imágenes de una extraña matemática realizada, que liberta, dibuja o fulmina la orquesta sinfónica; y que extenua hasta el silencio o que anonada de un solo golpe dejando después en el alma la extraordinaria impresión de toda la fuerza y de toda la mentira... Nunca quizás como entonces la confianza que los poetas tienen en su genio particular, las promesas de eternidad que han recibido desde la juventud del mundo y del lenguaje, su posesión inmemorial de la lira y la jerarquía de servidores del universo han parecido amenazadas con tanta precisión. Salían exhaustos de los conciertos. Exhaustos, deslumbrados; como si por un favor cruel hubieran sido transportados al séptimo cielo, como si se les hubiera llevado hasta esa altura sólo para que conocieran una luminosa contemplación de posibilidades interdichas y de maravillas inimitables. Y entre más agudas y más irrefutables sentían ellos esas delicias imperiosas, más hacía presente y desesperado el sufrimiento de su orgullo. Y el orgullo los aconsejó. Este es, en los hombres de espíritu, una necesidad vital.

A cada uno, según su naturaleza, les inspiró, pues, el alma de la lucha, extraña lucha intelectual. Fueron llamados en su ayuda todos los recursos conocidos del arte de versificar, así como todos los artificios de la retórica y de la prosodia y muchas novedades se impusieron a la conciencia sobreexcitada.

Lo que fué bautizado con el nombre de Simbolismo se resume sencillamente en la intención común a varias familias de poetas—por otra parte enemigas entre sí—de **quitarle a la música su bien**. El secreto de este movimiento no es otro. La obscuridad, las rarezas que le fueron tan reprochadas; la apariencia de relaciones demasiado íntimas con las literaturas inglesa, eslava

Tiene Ud. Dispepsia?

Se cura fácilmente usando

SAL UVINA

en su dieta.

AGRURAS - FLATULENCIA - MAL ALIENTO - DOLORES DE CABEZA

Síntomas todos de que su digestión anda mal.

Desaparecen **RAPIDAMENTE** con el uso de la

SAL UVINA

HERMANN & ZELEDON
BOTICA FRANCESA

o germánica; los desórdenes sintácticos, los ritmos irregulares, los preciosismos de vocabulario, las figuras continuas... todo se deduce con facilidad tan luego como se reconoce este principio. Es en vano que los observadores de estos experimentos y que aun aquellos que los practicaron, se atengan a esa pobre palabra de Símbolo, pues ésta no contiene sino lo que se desea ver en ella; si alguien le atribuye su propia esperanza ¡ahí la encuentra! Pero, estábamos nutridos de música, y nuestras cabezas literarias no soñaban más que en obtener del lenguaje casi los mismos efectos que los que las causas puramente sonoras producían en nuestros seres nerviosos. Los unos adoraban a Wagner; los otros a Schumann. Podría decir con más exactitud que no los adoraban sino que los odiaban. A la temperatura del interés apasionado, estos dos estados de ánimo son indiscernibles.

Una exposición de las tentativas de esta época requeriría un trabajo sistemático. Raramente se han consagrado en tan pocos años tanto fervor, tanto denuedo, tantas búsquedas teóricas, tanto conoci-

miento, tanta piadosa atención, tantas discusiones al problema de la belleza pura. Puede decirse que fué estudiado desde todos los puntos de vista. El lenguaje es una cosa compleja; su múltiple naturaleza permite a los buscadores una gran diversidad de ensayos. Algunos, que conservan las formas tradicionales del verso francés, trataban de eliminar las descripciones, los apotegmas, las moralejas, las precisiones arbitrarias; expurgaban su poesía de casi todos esos elementos intelectuales que la música no puede expresar. Otros, otorgaban a todos los objetos significaciones infinitas que suponían una metafísica oculta. Empleaban un delicioso material ambiguo. Poblaban sus parques encantados y sus bosques evanescentes de una fauna absolutamente ideal. Cada cosa era sólo alusión; nada se limitaba a ser; todo pensaba, en esos dominios adornados de espejos; donde, al menos, todo parecía pensar... Por otra parte, algunos magos más accesibles y más razonadores se atenían a la antigua prosodia. Había alguno que otro para quien la audición coloreada y el arte combinado de las aliteraciones

parecían no ocultarles secretos; transponían deliberadamente en sus versos los timbres de la orquesta: sin abusar nunca de estos medios. Había otros que volvían a encontrar sabiamente la ingenuidad y las gracias espontáneas de la antigua poesía popular. La filología, la fonética eran siempre citadas en los interminables debates de estos rigurosos amantes de la Musa.

Fué esa una época de teorías, de curiosidades, de glosas y de explicaciones apasionadas. Una juventud bastante severa rechazaba el dogma científico que comenzaba a pasar de moda y no adoptaba el dogma religioso que aun no se ponía en boga; creía encontrar en el culto profundo y minucioso del conjunto de las artes una disciplina, y quizás una verdad, sin equívoco. Faltó en verdad muy poco para que se estableciera una especie de religión... Pero las obras mismas de esa época no traicionan en realidad esas preocupaciones. Muy al contrario, hay necesidad de observar con cuidado lo que interdicen y lo que dejó de aparecer en los poemas durante este período de que hablo. No parece sino que el pensamiento abstracto, antaño admitido en el mismo verso, al devenir casi imposible de combinarse con las emociones inmediatas que se trataban de provocar a cada instante; desterrado de una poesía que deseaba reducirse a su propia esencia; provocado por los efectos múltiples de sorpresa y de música que el gusto moderno exigía, se haya transportado a la fase de preparación y a la teoría del poema. La filosofía, y aun la moral, tendieron a huir de las obras para colocarse en las reflexiones que las precedieron. Había en esto un absoluto **progreso**. La filosofía, si se deducen las cosas vagas y las cosas refutadas, tiene que ver actualmente con cinco o seis problemas, precisos en apariencia, indeterminados en el fondo, negables a voluntad, siempre reducibles a querellas lingüísticas y cuya solución depende de la manera de **escribirlos**. Mas el interés de estos curiosos trabajos no ha disminuido tanto como podría creerse: reside en esta fragilidad y en sus mismas querellas, es decir, en la delicadeza del aparato lógico y psicológico cada vez más sutil que se em-

J. PIEDRA C.

SASTRERIA AMERICANA

Para caballeros distinguidos

75 varas al Oeste del Parque Morazán (Avenida de las Damas)

plea; ya no reside en las conclusiones. Ya no es, por consiguiente, hacer filosofía el emitir consideraciones, por admirables que sean, sobre la naturaleza y su creador, sobre la vida, sobre la muerte, sobre la duración, sobre la justicia... Nuestra filosofía está definida por su aparato y no por su objeto. No puede separarse de sus dificultades que le son propias y que constituyen su forma; y no podrían tomar la forma de los versos sin perder su ser o sin corromper los versos. Hablar ahora de poesía filosófica—aunque fuese invocando a Alfred de Vigny, Leconte de Lisle y algunos otros—es tanto como confundir ingenuamente las condiciones y las aplicaciones del espíritu, incompatibles entre sí. ¿No es acaso olvidar que el objeto de quien especula es el de fijar o crear una noción, es decir, un poder y un instrumento de poder, cuando que el poeta moderno trata de producir en nosotros un estado, y de llevar ese estado excepcional al punto de una satisfacción perfecta?...

Así, a un cuarto de siglo de distancia, y separado de ese día por un abismo de sucesos, me parece en conjunto el gran propósito de los simbolistas. No sé lo que el porvenir tendrá de sus multiformes esfuerzos, pues no es un juez necesariamente lúcido e imparcial. Semejantes tentativas no van sin audacias, sin riesgos, sin crueldades exageradas, sin marginalismos... La tradición, la inteligibilidad, el equilibrio psíquico, que son las víctimas de los movimientos del espíritu hacia su objeto, sufrieron algunas veces por nuestra devoción hacia la más pura belleza. Fuimos tenebrosos en ocasiones y, en algunas otras, pueriles. Nuestro lenguaje no fué siempre tan digno de alabanzas y duración como lo hubiera deseado nuestra ambición; y nuestras innumerables tesis pueblan melancólicamente los dulces infiernos de nuestra remembranza... Pase aún por lo que se refiere a las obras, pase por lo relativo a las opiniones y a las preferencias técnicas. Pero ¿nuestra Idea, en sí, nuestro Soberano Bien, no son ahora sino pálidos elementos del olvido? ¿Pereceremos hasta ese grado? ¿Y cómo perecer, oh, camaradas? ¿Qué es, pues, lo que ha alterado tan secreta-

mente nuestras certezas, atenuado nuestra verdad, dispersado nuestras valentías? ¿Se ha descubierto por ventura que la luz puede envejecer? ¿Y cómo puede ser—y he aquí el misterio—que los que vinieron detrás de nosotros, y que se marcharán igualmente, cómo puede ser, digo, que tuvieran deseos tan distintos de los nuestros y que adoraran a otros dioses? ¿Se nos figuraba con tanta claridad que no tenía defectos nuestro ideal? ¿No había sido deducido de toda la experiencia de las literaturas anteriores? ¿No era acaso la flor suprema y maravillosamente retrasada de toda la profundidad de la cultura?

Hay dos explicaciones para este género de ruina. Puede imaginarse, en primer lugar, que fuimos las ingenuas víctimas de una ilusión espiritual. Disipada ésta, no quedaría sino el recuerdo de actos absurdos y de una pasión inexplicable... Pero, un deseo no puede ser ilusorio. Nada hay de más específicamente real que un deseo, en tanto que deseo: semejante al Dios de San Anselmo, su idea, su realidad, son indisolubles. Hay que buscar, pues, otro motivo y encontrar un pretexto más ingenioso para nuestra ruina. Hay que suponer, al contrario, que nuestro camino fué el único; que llegábamos por nuestro deseo a la esencia misma de nuestro arte y que habíamos descifrado verdaderamente la significación en conjunto de las tareas de nues-

tros antepasados, quitándoles aquello que aparece más delicioso en sus obras, formando nuestro camino con aquellos vestigios, siguiendo hasta el fin esta pista preciosa, donde abundan las palmas y las norias de agua dulce; y, en el horizonte, siempre, la poesía pura... He aquí, precisamente, el peligro; he aquí nuestra perdición; y he aquí también la finalidad postrera.

Pues una verdad de esta especie es un límite en el mundo, y, por consiguiente, no puede llegar a establecerse. Nada tan puro como eso puede coexistir con las condiciones de la vida. Sólo atravesamos la idea de la perfección como la mano corta impunemente la flama; pero la flama es inhabitable, y las moradas de la más alta serenidad están necesariamente desiertas. Oquiero decir que nuestra tendencia hacia un rigor extremo en el arte—hacia una conclusión de las premisas que nos proponían las realizaciones anteriores—hacia una belleza siempre consciente de su génesis, cada vez más independiente de todos los asuntos, y de las vulgares atracciones sentimentales, así como de los groseros efectos de la elocuencia—todo este celo demasiado esclarecido, ¿conducía a caso a un estado casi inhumano? He aquí un hecho general: la metafísica, la moral y aun las ciencias lo han experimentado.

La poesía absoluta no puede proceder sino por maravillas excepcionales; las obras que compone por entero constitu-

yen, en los tesoros imponderables de una literatura, lo que se distingue por ser lo más raro y lo más improbable. Mas, como el vacío perfecto, y lo mismo que el grado más bajo de la temperatura, que no pueden ser alcanzados, no se dejan aproximar más que al precio de progresión exhaustante de esfuerzos, así como la pureza suprema de nuestro arte exige a quienes la conciben, tan largas y tan duras restricciones que absorben todo el júbilo natural de ser poeta, para no dejar al final más que el orgullo de no estar nunca satisfecho. Esta severidad es insoportable a la mayor parte de los jóvenes dotados del instinto poético. Nuestros sucesores no han envidiado nuestro tormento; no han adoptado nuestras delicadezas; han tomado algunas veces por libertades lo que nosotros hemos ensayado como nuevas trabas; y en alguna ocasión han desgarrado lo que nosotros sólo pretendimos disecar. Han vuelto a abrir también sobre los accidentes del ser los ojos que habíamos cerrado para hacernos más semejantes a su substancia. Todo esto era de preverse. Y lo demás no era tampoco muy difícil de conjeturar. ¿No debía de intentarse algún día de ligar nuestro pasado anterior y este pasado que vino después, tomando de uno y de otro aquellas enseñanzas que son compatibles? Veo aquí y allá este trabajo natural que debe hacerse en algunos espíritus. La vida no procede de otra manera. Y este mismo proceso que se observa en la sucesión de los seres, y en la cual la continuidad y el atavismo se combinan, la vida literaria lo reproduce en sus encadenamientos...

Paul Valéry

¡Absolutamente NO!
Nada existe igual a la preciosa
CAFIASPIRINA
para los dolores de cabeza, muelas, oído, etc.
Alivia rápidamente, levanta las fuerzas, proporciona un saludable bienestar y no afecta el corazón ni los riñones.
"Si es BAYER es Bueno" →

Doctor JORGE MONTES DE OCA
OFICINA: 175 varas al Sur del Gran Hotel Costa Rica
TELEFONOS: Oficina, 2950 -- Habitación 2740
Tratamiento eléctrico por ARSONVALIZACIÓN DIRECTA de reconocida eficacia para Flujos e inflamaciones del vientre; ensáyelo.
Cistitis, Prostatitis, Hemorragias e Hipertrofia de la Próstata; hágase ese tratamiento enseguida.

La guardarraya

= Cuento cubano de «mucho significado para toda nuestra América». Tomado de *MARCOS ANTILLA*, relatos de cañaveral. Por *Luis Felipe Rodríguez*. Prólogo de *Juan Marinello*. Editorial Hermes. La Habana. 1935 =

I

Enciende tu imaginación como un farol de guardavía y ven conmigo, en espíritu. Quiero que veas y oigas de nuevo, a tu propia luz, esa brecha abierta en la entraña viva del cañaveral. Yo, Marcos Antilla, hijo espontáneo de este terrón insular y con todos los defectos y virtudes del criollo auténtico, voy a relatarte el cuentecillo de la guardarraya, que echándole un galgo a la liebre del determinismo histórico, quiere decir: colonización, según el leal saber y entender de la época; trata de esclavos, sudor barato, bocoyes de alcohol, pailas de miel, pan de azúcar, sebo de carreta y látigos de oro y de sol. Más tarde, política criolla y capital extranjero... Pero no cojas ese aire de perro apaleado, muchacho. Esto que te he dicho y lo que te voy a decir, no es más que un cuento de camino, entre buenos compatriotas y mejores compadres.

Aquel día, yo le dije a mi compañero: Esta noche, va a nacer para nosotros Monseñor Jesucristo, en lo más humilde y oscuro del cañaveral. La tradición ingenua del mundo cristiano va a poner un poco de espíritu y de pan en nuestras vidas de cortadores de caña. Celebraremos la Nochebuena como Dios manda, en nuestra tierra. A falta de la estrella de Belén, vamos a poner el tubular de la negra Paula Celestina sobre la viga más alta del barracón y a falta de Reyes Magos, convidaremos, para que nos honren, al administrador del ingenio, Mister Norton, a su secretario Rogelio Rivas Soto de Casamayor y a nuestro inapreciable colono Fico Larrachea:

Esta noche es Nochebuena
y nació Cristo en Belén...

II

Eramos veinticinco "filos de mocha" a lo largo de la guardarraya, veinticinco cuchillas infatigables, buenas piezas de barracón y hamaca de sacos de harina, entre los cuales la mitad eran carbones apagados del horno ardiente de la campiña haitiana. Echa, si te parece, a la guardarraya, un portorriqueño, dos dominicanos y tal o cual jamaicano; los demás éramos cubanos, desde el cabo de San Antonio hasta la punta de Maisí. Mal no está decir, que a pesar de nuestra tienda aparte, los cubanos estábamos con todos, por obra y gracia de nuestra peculiaridad criolla y nuestro Señor Jesucristo. Un pinareño, que se parecía al buen negro Juan (que está en el bote de rodillas, en compañía de otros dos juanes, en tanto le habla, sobre las olas, la Virgen de la Caridad del Cobre), era el que, entre nosotros, tenía más gracia para preparar el chilindrón de chivo y el adobo de puerco, sobre todo, si chivo y

puerco, andaban desamparados. Entonces, la mano izquierda del pinareño y el dueño de los descarriados animalitos no se enteraban de lo que hacía la derecha. Quiero decirte, también, que mi compañero de espíritu y petate, era un español, salido de las minas de Vizcaya, y desde allí, caído, como un mala chispa, sobre los cañaverales de las Antillas Mayores. Se llamaba esta mala chispa Manuel Herdoza y si no fuera porque se le metió entre ceja y ceja arreglar a España y aun al mundo, hubiera sido hasta alcalde de Bilbao. Tal la historia y los sesos de mi compañero de corte y olla. Sobre nuestras cabezas el sol había tirado, matemáticamente, su vertical de fuego que se hacía castigo en nuestras espaldas, sudor en las frentes, centella en las cuchillas que degollaban la linfa verde y encendidos reflejos innumerables, sobre el oleaje uno y vario del mar de esmeralda viva. Como obedeciendo a un rito sagrado, impuesto por una deidad implacable, veinticinco manos palpaban el talle virginal de la planta de azúcar, apartando toda malla envolvente de la hojarasca protectora; después, otras veinticinco manos, armadas de relámpagos, se abatían certeras, sobre el surco profundo del cañaveral; luego, las veinticinco manos anteriores, emergiendo de la tierra, mostraban al aire, cada una, su tubo, cercenado al órgano vital de la tierra criolla. Ya en el aire, la tarea era diestra y rápida; "limpia y desnuda como el diamante en el agua", era entonces, la dulce caña, a la que tres golpes del acero tajante hacen tres trozos, que caen, sin pena ni gloria, en los anónimos bultos que se enfilan a las dos lindes de la guardarraya, párpado entreabierto del cañaveral cubano, desde donde la pupila verde del fruto vernáculo se asoma al Mar de las Antillas, para ver a los nuevos galeones que llegan de la otra banda de la América del Norte. Así, bajo el aro encendido del día, era la guardarraya, donde "tumbábamos la caña" con el sudor de nuestras pasivas frentes. Cuando el último alarde del reflejo distante se apagó en el cañaveral, desperezáronse cincuenta brazos y se entregaron a la ley de gravedad veinticinco cuchillas triangulares. Entonces, el ardor del trabajo infatigable se desmayó en la humana fatiga del cuerpo. Lentamente, nos fuimos a la espera de la Nochebuena, como quien se abandona a una vieja y siempre renovada esperanza... Si no le tapo la boca, mi camarada Manuel Herdoza, le pronuncia un discurso díscolo al cañaveral, anegado, ahora, en la sombra ligera de un fin de crepúsculo insular.

III

Vinieron la hora y la noche en que nos han dicho que nació, en un pesebre, el niño Manuel de Jesús, redentor de la

humanidad. Una mesa rústica, puesta a la puerta de nuestro barracón, ostentaba, como guiso, fauna y flora de la tierra. Múltiples estrellas sobre nuestro festín de Navidad; allí en la alta viga del barracón, solitaria y roja, una señal de vía. Era el farol que alumbraba las vías domésticas de la negra Paulina Celestina. Bien que se portó nuestro pinareño. A falta de cerdo, había arreglado un chivo que se comía solo. Para que no se dijera que éramos "casasolas" habíamos invitado a la patulea de los haitianos. ¡Pobres haitianos! Eran recelosos como animales maltratados y en lugar de indignación sólo tenían un infatigable apetito. Chano Galbán, el dominicano, también con el apetito en los ojos y en las narices, le tiró al chivo este grueso donaire criollo:

—Chivo que rompe tambora, con su pellejo lo paga.

Los dos jamaicanos, temerosos en este momento de levantar su entusiasmo ante las hazañas culinarias del pinareño, por temor a su propio temor y al gobierno inglés, sólo se contentaron con mirar ávidamente para la mesa, junto a la cual, ellos también tenían el derecho de sentarse. Y empezamos a comer y a beber, como buenos cristianos, que en la noche en que nació su redentor, dan al olvido el recuerdo penoso de la guardarraya. A mediados del festín, el español Manuel Herdoza, que había bebido abundantemente, con febril impaciencia, se pasó las manos por todos los lados del cuerpo, como quien quiere encontrar un lugar donde se ha guardado algo que un día debe encontrar la propia expresión. A las dos copas más, se le salió por los labios, en pos de sus hipos, el tema integral de su vida. Con un inusitado temblor en la voz dijo: "Camaradas y hermanos en el amor universal de la justicia del hombre para el hombre en la tierra: Esta noche nació, rodeado de bestias mansas, el hijo del hombre. Los hombres le crucificaron, porque quiso que se acercasen todos al banquete de la vida con el mismo derecho. Padeció bajo el poder de Poncio Pilato la miseria egoísta del hombre, y nosotros, irredimidos todavía, celebramos su nacimiento comiendo, no por comernos su ideal de justicia, sino porque padecemos, aún, de todas las hambres, hambre del espíritu y del cuerpo, pues somos los modernos parias de la guardarraya, que se alimenta con el sudor y la sangre de nuestra vida. Pero yo tengo fe en que El está naciendo otra vez entre nosotros, y que vendrá. Vendrá no para decirnos que su reino no es de este mundo, sino para devolvernos el mundo prometido de la existencia redimida. Yo lo veo venir, no manso y doliente, sobre su martirio, y sí victorioso y renovador, sobre la huella sangrienta de todos los mártires de la humanidad"...

El pinareño, quitándose de la boca un enorme chicote de chivo, exclamó con sincero arrebató:

—¡Bravo!

—Cállate, animal—gritó contrariado y

conmovido el portorriqueño. Uno de los jamaíquinos, recelosos por lo que pudiera pensar de estas cosas su Majestad Británica, dijo con mansedumbre conciliadora:

—Español, aguanta un poco tu boca; Mister Norton y Fico Larrachea van a ponerse bravos

En tanto, los haitianos, sin dejar de comer, miraban absortos para Manuel Herdoza, como diciendo, allá en el fondo de sus dormidas conciencias: este español, parece que está diciendo cosas muy buenas para los haitianos, pero mejor sería acabar de comer con tranquilidad. Chivos como éste no se ven todos los días.

Yo, Marcos Antilla, me conmoví y entoné un canto por la redención humana de nuestra tierra. Confieso, ingenuamente, que el nuevo sol me encontró aún bajo la influencia de aquella Nochebuena. ¡Lástima que al disponernos todos a entrar otra vez a la guardarraya, viéramos que se dirigían hacia nosotros el propio Mister Norton, el colono Fico Larrachea y una pareja de la Guardia Rural.

—¡Oh, ya está bravo Mister Norton!,—dijo el más grande y más gordo de los jamaíquinos.

—Lo que fuere, sonará—rió alegremente el dominicano Chano Galbán.

Ya, junto a nosotros, tomó la palabra nuestro colono Fico Larrachea. Dijo así el noble Fico:

—Mister Norton, hombre amante de la ley, amigo de Cuba y del trabajo honrado y pacífico, que vela por el orden y los intereses de la Compañía que representa, ya está enterado de lo que sucedió aquí anoche. El quiere que todos ustedes vayan, como siempre, sin protestas, a la guardarraya, pero que el español Manuel Herdoza y el llamado Marcos Antilla, cuyo oficio consiste en apartar a los hombres del trabajo y del orden, cojan, ahora mismo, la carretera que conduce a Hormiga Loca. La Guardia Rural los acompañará.

Manuel Herdoza protestó sublevado. Yo exclamé, casi sonriente:

—Mister Norton está muy mal informado. Celebramos el nacimiento del redentor del mundo, en nuestra tierra. Nadie nos lo puede impedir.

Mister Norton, que hasta entonces había permanecido imperturbable, como si hablase desde el púlpito de un templo protestante, nos obsequió con este *speech*:

—“Esta tierra no ser suya, esta tierra ser de la Cubanacán Sugar Company; compañía no querer aquí discursos; perturba trabajo y negocio; compañía querer aquí gente que sólo piensa cortar caña. Marcos Antilla y anarquista español, sólo tener aquí tierra para salir muy pronto por guardarraya con Guardia Rural”.

Dicho esto, Mister Norton se apartó también imperturbablemente de nosotros y... no dijo más. Yo pude haber continuado con enérgicas palabras, pero, ¿a qué contestarle a Mister Norton? Evi-

dentemente, tenía razón: aquella tierra no era nuestra sino de la Compañía.

Entre el silencio de todos, salimos, seguidos de la Guardia Rural, de la tierra de la Cubanacán Sugar Company. Detrás de nuestros pasos se quedaba, como siempre, la guardarraya, brecha abierta con nuestro sudor y con nuestra

Luis Felipe Rodríguez

Tablero

= 1933 =

Se edita en Santiago de Chile un semanario de mucha crédito. *Lecturas* se titula. En el número del 9 de marzo de 1933, nos hallamos este suelto que con gusto recogemos; en la sección titulada «Algunos de los que escriben en este número». Lo hizo la Directora de *Lecturas*, a propósito de la reproducción de dos poemas de Max Jiménez: *El mal del tiempo* y *¿Quién?*

Dice así:

Max Jiménez.—Es un portalira del trópico, de la bella y perfumada tierra de Costa Rica. Jiménez es ampliamente conocido en América por su constante colaboración en las columnas del valiente *Repertorio Americano* que dirige nuestro amigo García Monge. Los poemas que ofrecemos hoy pertenecen a su libro «Quijongo». El autor explica qué significa esta palabra: «El quijongo de mi patria, es un instrumento musical sencillo: un arco con una jicara adherida a la madera, la cual, manejada con la mano izquierda, convierte en voces los golpes dados sobre la cuerda. Es simple, y tiene el encanto de los instrumentos que solamente pueden ser tocados con el alma».

A propósito de «Lázaro de Betania», nos dice el escritor español Carlos Delgado, desde Madrid y 12 de marzo del 33:

Acuso recibo de su envío de *Lázaro de Betania*. Muchas gracias a Ud. y al autor de una obra de prosa tan sugerente y poética.

Poetas con instrumento.—Max Jiménez: «*Quijongo*». ESPASA-CALPE, S. A., Madrid, 1933.

Todo ha de tener siempre su división, sus diferenciaciones elementales, sus dos caminos, sus polos. Todo. Los poetas también. Una de sus muchas clasificaciones puede ser ésta: con instrumento y sin él. Parece que la diferenciación corresponde a eso que se ha dado en llamar poetas “mayores” y “menores”. De voz estruendosa y de canto íntimo. Pero no es así, sino acaso al contrario. El íntimo, o “menor”, como quiere la más elemental poética, suele ser el del instrumento, el que se acompaña con la guitarra, o el órgano, o el piano, o el acordeón, que también en la elección de aparato musical suele haber sus categorías. Antes eran casi siempre el arpa y el laúd los colaboradores. Ahora hay quien echa mano hasta del saxofón para lanzar muy graciosas tonadas.

Max Jiménez ha usado ya de dos instrumentos en su vida poética: la sonaja y el quijongo. Los dos bien alegres de j, dando una buena jocundidad sonora al título. Los dos con un claro antecedente popular, es decir, quejumbroso, solitario, intrascendente, cuyas posibilidades no ha captado todavía por completo, aunque lleva buen camino para ello.

En *Sonaja*, su libro anterior—Madrid, 1930—, el acento era más exterior, como correspondía a la alegre rodaja de metal.

sangre, en la entraña viva del cañaveral. A nosotros, sólo nos seguía la sombra del propio cuerpo, sobre la carretera llena de la luz deslumbradora de nuestro sol insular...

Y aquí termina, camarada y amigo, mi cuentecillo sin pie ni cabeza de la guardarraya.

De entonces acá cualquiera sabe qué serie de emociones sentimentales han rodeado al poeta. Tres años son bastante más de una vida emocional para un espíritu joven y fervoroso. En *Quijongo* se agarra con frecuencia al guitarrillo de su país para soltar penas de esas que deben ya callarse por demasiado sabidas. Dicho sea en alabanza de su obra general, donde más acierta este poeta con la justeza de sensación y palabra es la visión externa, precisamente en la labor más difícil y apropiada para la poesía. *Quijongo* tiene un excelente, un magnífico ejemplo en el poema “Toledo”, seguramente lo mejor visto y lo más hábilmente descifrado de todo el libro.

Desde su principio se da uno cuenta de la justeza y alegría literaria con que está cazado el tema. Comienza así:

Quedo, por Dios, marchad quedo;
cruz haced de boca y dedo;
sabed que me acosa el miedo
porque vengo de Toledo.
La Puerta del Sol me puso
su manto de prehistoria,
cuatro siglos sobre el hombro
para mi entrada a Toledo.

Acaso—no conozco el quijongo—es lo que más se adapta a su son narrativo y popular, a su gracia bufonesca. Y, desde luego, lo más logrado y justamente bello de la obra.

No quiere esto decir que no haya otros aciertos, aunque sean más difusos: “Las horas”, “La tarde que es mía”, la estampita del “Lago del Parque”, de gran perfección lírica. Y algunos trozos de otros poemas se pueden citar con cierta garantía. Pero nada con la fuerza de ese “Toledo”, tan agudamente comprendido y estereotipado.

Ni quiere decir—claro—que no tenga éste, como todo poeta que ensaya su voz, sus pequeños tropiezos. Ahí están: una excesiva complacencia, ya aparecida en el libro anterior, por el verso de doce sílabas, si las he contado bien; por lo que en buena poética debe llamarse el “dodecasilabo”, que da un sonido resabiado y retórico. Y demasiasdas concesiones al consonante, trasto viejo e inservible.

Lo que si quiere decir es que “Toledo”, casi en su totalidad, es cosa suficientemente conseguida para descubrir en Max Jiménez a un poeta que puede tocar a su antojo en toda clase de instrumentos. Lo que se dice un poeta.

Eduardo de Ontañón

(Luz. Madrid.)

Brenes-Mesén, R.: *Lázaro de Betania*. Ediciones del «Convivio». San José de Costa Rica.

Recibo de Roberto Brenes-Mesén, escritor costarricense de la Northwestern University, un relato lírico, en forma de estampa evangélica. Hace pensar un poco en las “Figuras de la Pasión del Señor”, de Gabriel Miró. Hay acaso aquí más libertad en el ensamblamiento de las imágenes y en las interferencias de sensaciones que llegan al lector. Es un libro sereno y aromado lleno de espiritualidad, delator de una sensibilidad muy fina.

Guillermo Díaz-Plaja

(Luz. Madrid.)

Estampas

*De los tuetes en flor...—Del empleo social de la riqueza.
De una maestra ejemplar.*

= Colaboración directa =

Florece el tuete en estos meses de verano en que el sol quema desde sus primeros rayos. Da su fino olor en los solares abandonados y en las callecillas sin tránsito. Es planta de fea apariencia que no produce ni leña ni frutos. Y con no producir, está condenada al exterminio. Para gustar el perfume de su menuda flor lila hay que salir de la ciudad buscando la tierra en completa dejadez humana. Cunde fuerte sobre el predio que ya no se cuida porque carece de importancia inmediata.

Florece en estos meses de calor intenso y es guía de infecundidad. El que aspire la suavidad de su perfume va transitando por camino paupérrimo. En cuanto desaparece el tuete es que el camino ha subido de categoría. Por el camino que nos ha llevado hoy a la escuela dedicada al recuerdo constructivo de Omar Dengo se aspira el finísimo olor del tuete. Fuimos rozando los inmesos ramos lila que salían por entre las cercas ruinosas. Sobre el camino mucho polvo, mucho hueco, mucha basura, mucho animal suelto y hambriento. Es camino de arrabal de la Capital. Arrabal pobre, lleno de casillas mal construídas en donde se apiñan las familias numerosas y necesitadas de pan, de higiene, de luz, de aire, de agua. Su población escolar será recogida hasta el límite de su capacidad en este primer pabellón de la escuela que el cariño de una maestra comprensiva consagró a la memoria de nuestro malogrado Omar. Los niños de tanto hogar acosado por las miserias tendrán en esta escuela goces y alegrías que en ninguna otra parte ha de darles la vida. Es una escuela edificada mediante la contribución particular ofrecida por un grupo de gente que cree que la riqueza tiene una función social grande. Luisa González, la maestra inteligente, ideó el plan para inducir a hombres y a mujeres a desprenderse de una pequeña suma de dinero. Trabajó tenazmente ayudada de espíritus acogedores y el resultado sorprendente es la inauguración del primer pabellón de la escuela, sólido, con solidez digna del costarricense a quien se ha dedicado.

Cuando se ha llegado a la escuela, atravesando caminos que en estos meses de calor penetrante están llenos de perfume de tuete, la meditación acude nutrida. La riqueza, pensamos, es fuerza constructiva de primer orden si así lo quieren los que son dueñas de ella. ¿Cómo ha sido posible levantar este pabellón, en donde hace ocho días acuden más de un centenar de niños necesitados a recibir un poco de pan e higiene y expansiones que sus almas piden para no volverse sombrías? Ha sido posible por la comprensión de un grupo de gente que supo del propósito de construir



En cada calle, un kindergarten

= De *En los Estados Unidos*, Vol. IV de las Obras compiladas por González de Quesada. La Habana, 1905 =

...Otro día cuenta otro diario que la joven esposa (1) es persona mayor en la empresa de crear en los barrios pobres kindergartens gratuitos, donde en vez de andar descalzas por las calles las criaturas, o viendo fealdades por las escaleras fétidas, o formando fila para abrir paso al cadáver de una mujer que con hijo al pecho seco se murió de hambre en su cuarto frío, tengan donde bañarse las manos, so pretexto de jugar en el agua con botes de papel, y donde habituarse al trabajo, orden y belleza, con el entretenimiento de los dibujos y tejidos, y donde elevar el espíritu con la música, y ennoblecerlo desde la raíz, con los tonos sentidos compuestos para los coros y la danza; ¡no es lo mismo criarse en un kindergarten que en un barril de cerveza! Pan no se puede dar a todos los que lo han menester, pero los pueblos que quieren salvarse han de preparar a sus hijos contra el crimen: en cada calle, un kindergarten: el hombre es noble, y tiende a lo mejor: el que conoce lo bello, y la moral que viene de él, no puede vivir luego sin moral y belleza: la infancia salva: una ciudad es culpable mientras no es toda ella una escuela: la calle que no lo es, es una mancha en la frente de la ciudad: ¿a qué ir con la frente coronada de palacios, y los gusanos hasta las rodillas?: al patriotismo literario, hay que oponer el patriotismo activo: de salmos y chocolates eran las Misiones de antes, las de ahora han de ser de kindergarten y zapatos: se han de reclutar soldados para el ejército, y maestros para los pobres: debe ser obligatorio el servicio de maestros, como el de soldados: el que no haya enseñado un año, que no tenga el derecho de votar: preparar un pueblo para defenderse, y para vivir con honor, es el mejor modo de defenderlo.

José Martí

Marzo de 1890.

(1) La del Presidente Cleveland.

una escuela maternal en barrio pobre. Supo que suscribiendo acciones de cien colones cada una, sería realidad la aspiración educacional. Y entonces esa gente, sin sordidez en el corazón, compró acciones y realizó una función social grande. Realizó la función social de ayudar a librarse de miserias en la edad más necesitada del cuidado inteligente a una población escolar numerosa. Porque abierta ya la escuela y encomendada a maestra como la que elogia don Francisco Giner ("Dadme el maestro, y os abandono la organización, el local, los medios materiales, cuantos factores, en suma, contribuyen a auxiliar su función. El se dará arte para suplir la insuficiencia o los vicios de cada uno de ellos"), puede adelantarse juicio favorable. El esfuerzo desusado hecho para construir este pabellón de la escuela Omar Dengo no se malogrará nunca. Hay devoción por realizar una obra educacional que el país pide con urgencia. De modo que los contribuyentes se darán cuenta de lo que significa la riqueza destinada a obra de bien. Otros ayudarán y así la cadena de protección a los niños miserables no se romperá por la indiferencia o la inconstancia.

También meditamos en el costarricense cuya memoria se consagra en esta escuela. Carmen Lyra lo evoca noblemente porque conoció su vida y ella no tiene elogio para el vil. Bien hizo Luisa González en trabajar con tanto afán y pensar en Omar cuando parte de la obra estuvo realizada. Todos los honores que la gente de honor reserva para la vida ejemplar son dignos de Omar. Llamar una escuela con su nombre es seguirlo como educador. Busquen aquí su obra los que quieren verla reducida a papel impreso. Su obra está en lo que él alentó. Cierta humanidad minúscula de nuestro país está empeñada en llenar cuartillas insulsas que reunidas den folletillos de ochenta páginas. A eso lo llaman mi tratado, mi sistema, mi esto, mi lo otro. De ochenta en ochenta páginas van inundando las imprentas y con ellas los pomposos índices bibliográficos. La obra escrita de Omar no pasa de cuatro volúmenes y los necios fabricantes de folletillos preguntan en dónde está su obra. En donde esos presumidos no podrán situar jamás la enteca de ellos, precisa decirles como respuesta rotunda. No fué él un farsante empeñado en simular capacidades. Hablando de Riaño afirma don Francisco Giner que "fué uno de los hombres que, con menor estrépito, han ejercido quizá mayor influjo en la renovación de ciertas fuerzas de nuestro espíritu nacional". De Omar puede decirse lo mismo. Cuando pudo coger el camino de estruendo de la abogacía y

conquistarse pronto fama cotizabile, se fué sin alharacas a la Enseñanza. No para vivir de ella, no para ascender en la política, no para hacer esa obra resumida en folletillos de ochenta páginas. Fué a la Enseñanza de su país a trabajar con honda devoción y a tratar de renovarla, no en sus sistemas, sino en sus vidas. Y porque formó vidas es que hizo obra perdurable. Aquí están siguiéndolo movidas por su influjo. Esta escuela maternal ha sido posible, estamos seguros, gracias a su inspiración. Por esto la consagran a su memoria, que es consagrarla a su obra grande de educador.

Consagración espontánea, que es decir consagración nacida del corazón. Si Omar no hubiera vivido sin preocuparse de recoger su obra escrita para lanzarla en folletos de ochenta páginas, no habría dejado huella profunda. Fué un espíritu fuerte y de visión cabal. No hizo tarima para mostrarse al mundo. Por eso él, que pudo haberse pasado llevando al papel el fruto de su estudio serio, prefirió hablar y sembrar. Su palabra perdura con una fuerza que no alcanzarán nunca los folletillos de los necios que piden obra estableciendo el contraste miserable con lo que ellos van haciendo. No hay que buscarla trabajando—ya lo hemos dicho muchas veces—en una colectividad inmensa. Fué cosa estable y por lo mismo hizo selección y después de su muerte siguen con él aquellas almas que realmente vibraron con él. Esta escuela imaginada para una población escolar paupérrima es el mejor recuerdo hecho a la obra del educador desaparecido. El dijo con energía desusada: "Es saludable combatir indiferencias, destruir ilusiones que ciegan, romper la incomprensión. Razones de economía nada justifican. Economizar en escuelas es economizar civilización, y ningún pueblo de la tierra tiene derecho a hacerlo. Gastar dinero pródigamente en educación, no es una cuestión de finanzas, sino una cuestión de honor, de decoro nacional. ¿Se quieren, por ejemplo, buenos caminos?, pues hay que abrir caminos de luz en el alma popular para que circulen por ellos la iniciativa y el desinterés, y entonces los caminos invisibles se plasmarán en la tierra ávidos de encauzar energía. Podréis objetar con criterio de economista que el problema educacional es económico, y yo responderé con credo de maestro de escuela que el problema económico lo es, fundamentalmente, de cultura; y para saltar sobre florentinas consideraciones, diré además, que el inextricable entrelazamiento de esas indiferentes realidades sociales, se aclara con sólo reconocer la preeminencia, en la naturaleza y en la historia, de la energía, de aquello sutil, revelado en el orden moral por las virtudes que el individuo expresa como sacrificio de las horas supremas, y que, iluminadas de videncia, integran la gloria epopéyica de los pueblos".

Los que le dieron su puesto grande de educador siguen completando la obra que él inició. La completan sin estruendo impreso que es el más necio de los estruendos. Saben que trabajar con una colectividad, pequeña o numerosa, para hacerla comprender que en una escuela para niños pobres hay campo de salvación de vidas en botón, es seguir con nobleza el ideal educacional de Omar. El esfuerzo es inmenso y sólo la aspiración de quien trabaja para hacer obra perdurable puede llegar hasta donde se ha llegado. Omar supo dar permanencia a su obra. Muchos niños pasarán por esta escuela maternal primero y luego por la primaria que se construirá junto a ella, si hay otro grupo de personas capaces de saber que la riqueza tiene una función social grande que realizar. Esos niños dirán: yo me eduqué en la Escuela Omar Dengo. Y esta expresión sencilla hará pensar en los caminos de luz abiertos en el alma popular que el educador señaló como realización del porvenir. Si la incomprensión que aquí todo lo pudre no arrolla con esta escuela, mucho será el bien que de ella reciba el país. No nos hacemos ilusiones, pero creemos en la honradez con que algunas personas asumen en Costa Rica la obra de la cultura. Luisa González merece libertad en su escuela. No será nunca en sus manos juguete la memoria de Omar. Puede ella exterminar incultura, porque es seria y es inteligente y estudia. Cosa rara ya, sin duda. Pero no en ella que conoció a Omar, que fué siempre un gran estudioso. Al revés de tanto infeliz que confía a la improvisación lo que traduce por obra,

Omar no dió juicio ni trajo meditación que no le costara estudio. Luisa González es también persona que estudia. Se empeñó en buscar gente acogedora que construyera esta escuela precisamente porque ha estudiado el problema de tanta generación malograda. No ha pretendido una comodidad. Con trabajar como trabaja, ha empezado un camino de sacrificio que sólo le dejará al final agotamiento. Sin embargo, como es maestra de verdad la vemos trabajando con honor. Sólo pedimos que la dejen trabajar para bien de las generaciones miserables.

¿Cuántas mujeres nuestras querrán hacer lo que está haciendo Luisa González? Propónganse dar al país muchas escuelas maternas. Pero llénense de la aspiración firme que la obra demanda. Cada escuela maternal que se abra es cauce de salvación. Los niños pobres se vuelven más desgraciados a medida que los hogares los retienen. En ellos no viven sino la tragedia perenne que pudre el alma. En las maternas pueden los niños higienizarse, alimentarse, hacer vida de personas. Y aun cuando los hogares los recojan y les sigan dando el mismo ambiente viciado, las horas pasadas en la escuela les dan un sedimento salvador. Construir escuelas maternas es salvarle a la nación generaciones. No se crucen de brazos aquellas personas que conozcan el ejemplo de Luisa González. Trabajen con fe y será posible así que a esta escuela llamada con acierto Omar Dengo, sigan otras más y la cadena salvadora se forje con grandeza.

Juan del Camino

Costa Rica y abril del 33.

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras "NATIONAL"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "BURROUGHS"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "ROYAL"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH,
Socio Gerente.

RAMON RAMIREZ A.,
Socio Gerente.

Quiero honrar tu centenario, don Pedro A. de Alarcón, autor famoso de cien celebrados relatos (1). Mas deseo celebrarte solamente como autor de "El final de Norma", esa obra singular que, según tú mismo dijeras en subsiguientes confesiones, hubiste de escribir "en muy temprana edad", acaso ni de 24 años cumplidos, "cuando sólo conocías del mundo y de los hombres lo que te habían enseñado mapas y libros", de tal suerte que fué la tuya una novela que "careció juntamente de realidad y de filosofía, de cuerpo y de alma, de verosimilitud y de trascendencia". Por todo lo cual vino a ser tu "Final de Norma" una gran novela simbólica, bien que fuese "una obra de pura imaginación, inocente, pueril, fantástica, de obvia y vulgarísima moraleja, y más a propósito, sin duda alguna, para entretenimiento de niños que para aleccionamiento de hombres". Obra, en suma, de la que no te ufanabas, así el público se devorase las ediciones...

Tú no sabías, no, don Pedro A. de Alarcón, que al fulgor de los relámpagos musicales de "Norma" y como al conjuro de su misterio druídico, habías trazado de tu mano, como otras tantas veces fué trazado, el argumento soberano del itinerario del alma por la vida.

En consecuencia, gran novela. Su realidad, las supremas realidades a través de una limpia alegoría; cuerpo y alma, la quimera y el ensueño; verosimilitud, la fábula trascendente. Lectura para niños y también para hombres, y acaso más para éstos que para aquéllos precisamente porque en "El Final de Norma" "no se dan a nadie malas noticias ni se levantan falsos testimonios al alma humana".

Así fué como, sin saberlo, sin colegirlo siquiera, escribió Alarcón a la edad de las mayores adivinaciones una obra de elevadísimo simbolismo; un mensaje de su alma para todas las almas; una verdadera historia hermética sobre el patético destino del alma en la tierra y su infinita nostalgia celestial.

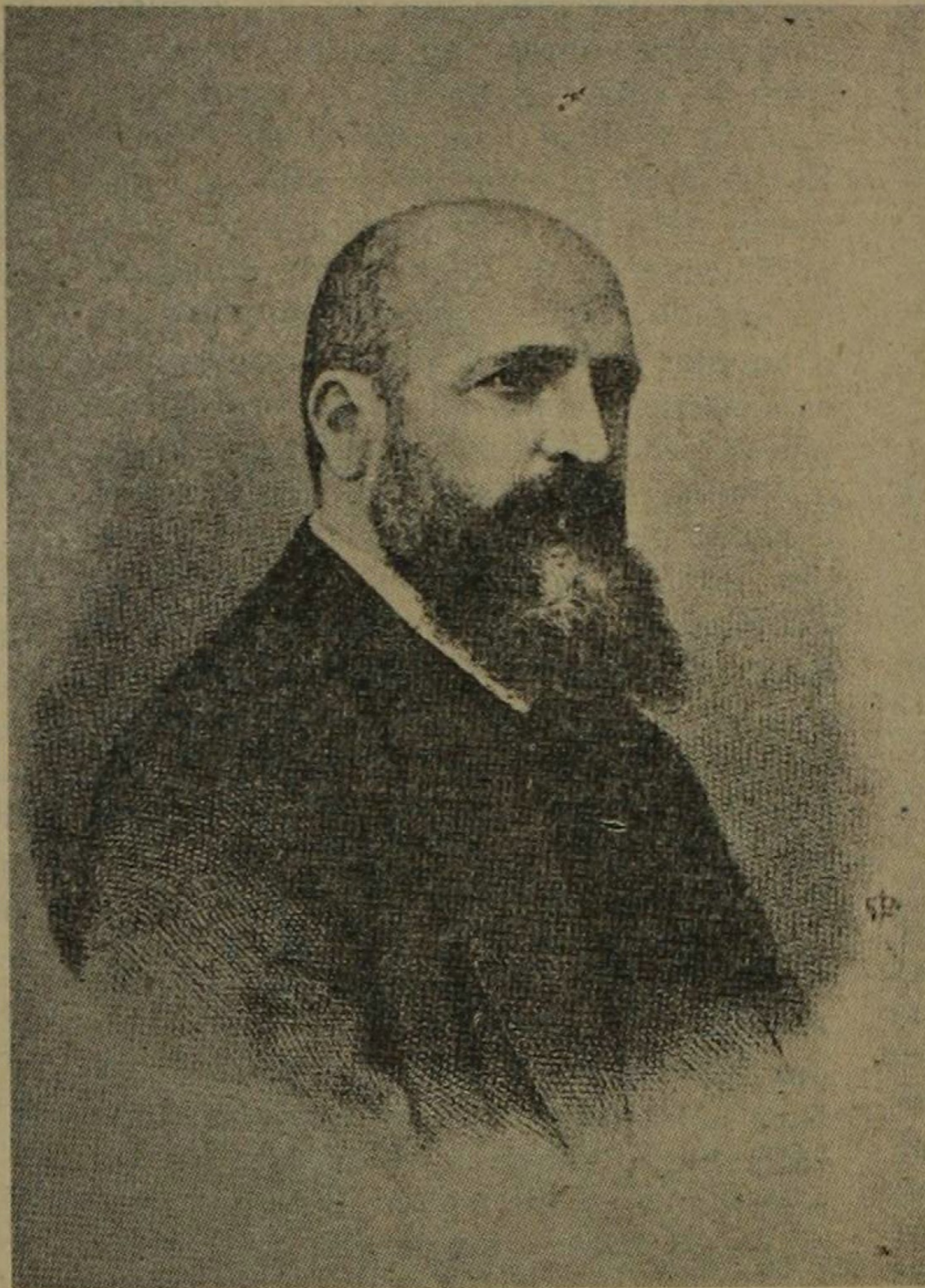
Lectura fundamental para el espíritu. Lo sé por mí mismo. Tanto lo fué para mí, allá a las primeras luces de la adolescencia, que por muchísimo tiempo no volví a leer novelas. Ninguna me contaría ya lo que me contó la de Alarcón; lo que cuentan todos los auténticos cuentos a los niños; ninguna me ofrecería nunca más aquellos fascinados espacios.

(1) Nació en Guadix (España) el 10 de marzo de 1833 y falleció en Madrid el 19 de julio de 1891.

"El final de Norma"

PALABRAS PARA EL CENTENARIO DE PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

= De La Prensa. Buenos Aires =



Pedro Antonio de Alarcón

Alarcón, evocado en su centenario

= De El Sol. Madrid =

En las evocaciones a que dan pie los centenarios, la imagen de Pedro Antonio de Alarcón, para surgir de nuestro recuerdo, no necesita de insistentes conjuros. Fácilmente se destaca del fondo incierto en que bullen nuestras memorias de infancia. Porque Alarcón es de los autores que leímos entonces, y no después. Pero ¡qué expresiva es su huella!... Como que indica el paso de un autor por el alma de los niños, levantando irisada y ligera polvareda de primeras emociones. Probablemente no se propuso Alarcón que sus libros impresionaran, en primer término, a lectores de corta edad. Y le enojaría saber que gentes de mayor complicación pueden tildar sus libros de pueriles. Pero el propio autor tenía una visión sencilla y elemental del mundo, la vida y la literatura; visión inocente que da a los libros de Alarcón un encanto singular, situándolos fuera del mundo afectado—entre romántico y naturalista—que envenenó a tantos y tantos de sus contemporáneos. Más espontáneo y simpático que los demás, en el tono amable de sus narraciones, Alarcón tiene mucho del viajero que se aposenta por unos días en la casa de un pariente con hijos pequeños, a los que entretiene con cuentos, anécdotas, estampas de porfolio, impresiones de aquí y de allá.

Una encuesta que se dirigiera a investigar las lecturas predilectas de los niños españo-

(Pasa a la página 237)

**

¿Qué pasa en la primera parte? En la primera parte de la obra acaece lo que debe acaecer en toda obra iniciática. Ya lo veréis. Serafín es el hombre-niño. Tiene aún muchísimo de ángel. Este hombre-niño está en el umbral de la vida. ¿Qué sabe de ella? Cuenta para juzgarla únicamente con las confidencias de su violín. Es músico. Es director de orquesta en un gran teatro de ópera. ¿Tiene amigos? Sí. Uno, sobre todos: Alberto. Este Alberto es el héroe que se ignora a sí mismo; la personificación del heroísmo alegre y generoso. Por consiguiente, será el aliado natural de Serafín, de ese hombre-niño que se enamorará para siempre, desde su puesto de director, de la cantante misteriosa (¿de dónde viene?, ¿a dónde va?), de la cantante misteriosa (joven, rica, divinamente bella) que recorre el mediodía de Europa cantando por capricho y beneficencia pública, en las ciudades que visita, nadie sabe para qué ni hasta cuándo, acompañada de dos no menos misteriosos personajes: un joven enigmático, antipático, de gesto inmóvil,

cruel, y un viejecito impenetrable. Lo único que puede saberse de ella es lo que dicen sus ojos y lo que solloza su canto: oscuras cosas de un extraño cautiverio espiritual; secreto, inmenso anhelo de liberación y amor. Serafín y la Hija del Cielo—que todos llaman así a la divina criatura—se interrogan y se responden, alma con alma, a los druídicos relámpagos del antiguo argumento de "Norma"; el canto de ella y la música de él vuelan juntos.

Serafín y la Hija del Cielo se reconocieron, alma con alma; mas ¿para qué? Todos dicen que ella se irá muy lejos, a su remoto país natal, allá por las nieblas del Norte. En cuanto a Serafín, está de viaje a Italia, el país del arte. Nunca más, nunca más se hallarán en la vida. Por su parte, el buen Alberto, el héroe generoso, el muchacho del heroísmo alegre, también se va. Años hace que surca los mares. Ahora está, como siempre, de viaje. Zarpará rumbo a Laponia. En el puerto hay un buque sueco listo para hacerse a la vela. En ese barco ha conseguido como por gracia especial un billete. ¡A Laponia! Y después a Spitzberg. A correr mundo, a conocerlo todo, a olvidar, a su vez, un amor imposible.

¿Qué cosa mejor podrán hacer—pobres amigos—que beber en un figón vecino al puerto, mientras llega la hora del embarco? Basta con que sepa el marine-

(Pasa a la página 239)

Del homenaje de Chile a su pintor González

(Lunes 6 de marzo de 1933, en la tarde)

= Recortes de *La Nación*. Santiago de Chile. Envío de *Emilio Courbet*. Marzo de 1933 =

Los hombres creen que ven; como divagan, estiman que piensan; como trabajan, imaginan que realizan una obra valedera. Y la inmensa mayoría de los hombres consume su existencia creyendo que vive.

Y la vida real es tan otra cosa. Vivir es despertar a lo maravilloso. Así como al dormido la luz que se acerca, la voz que lo llama, la sacudida que lo sorprende y lo saca del informe y vago sueño al prodigio de la realidad múltiple y precisa, así a los hombres que dormitan su vida se acercan a veces seres superiores y los remecen y entregan, confundidos de maravilla, a un asombroso despertar.

Estos seres son los maestros. Maestro es el que nos revela nuestra privativa sensibilidad, el que nos interna en nuestro propio conocimiento. Maestro es el que nos arranca del letargo de confusión y suficiencia de la vida y nos entrega a la esperanza ardiente y al ansia de realizaciones superiores. Maestro es quien nos extrae de nosotros mismos y nos arroja más allá de nuestras propias fuerzas. Maestro es quien libera en nosotros el espíritu y hace que él nos posea y nos conduzca.

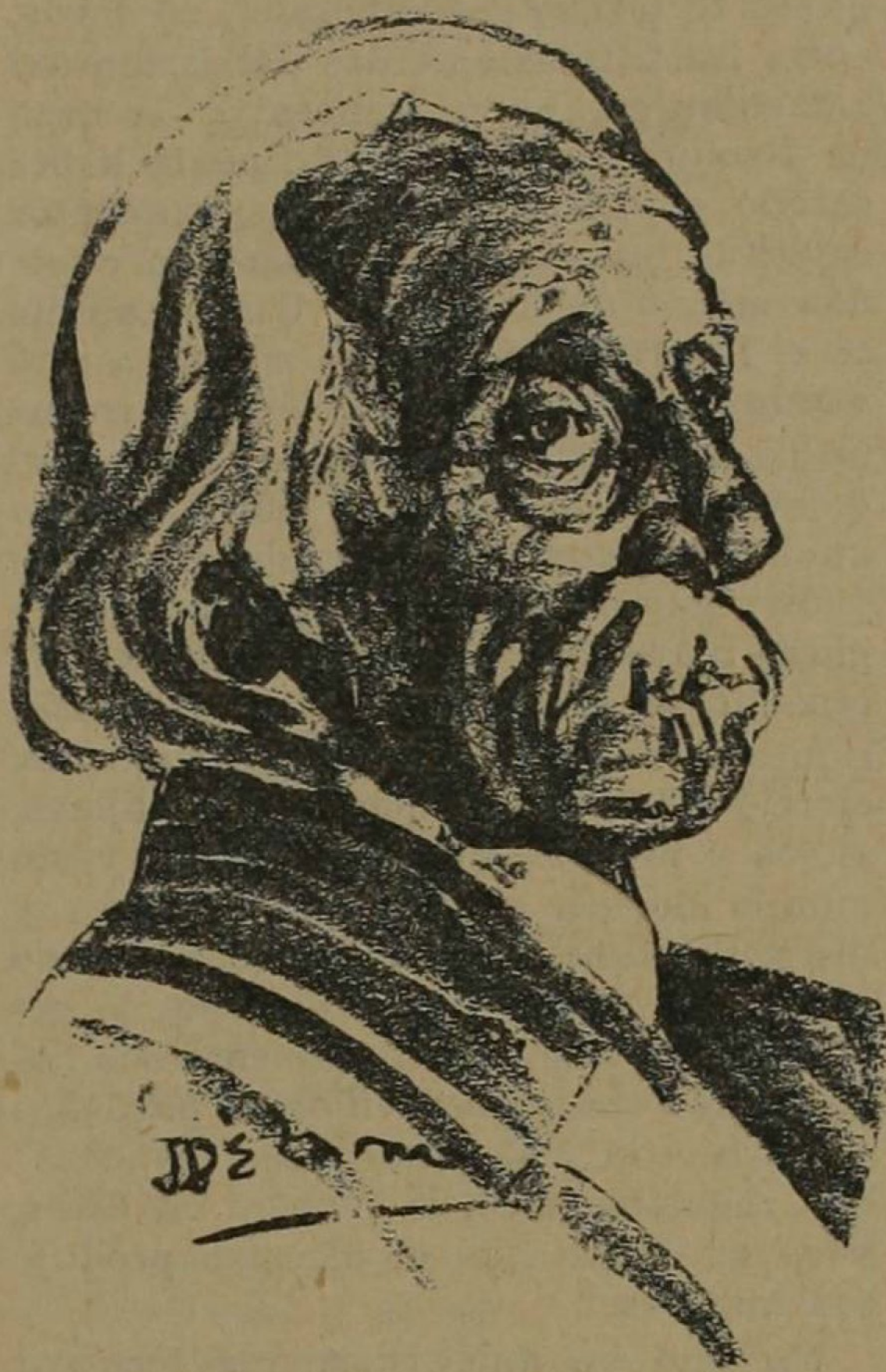
Juan Francisco González fué para mí, y para muchos, un maestro. Yo tenía ojos, pero él me enseñó a ver. Siempre busqué la soledad, él me hizo amarla. En torno de mi casa se extiende un suburbio pobre y triste, él me reveló su belleza.

Andar en compañía de González era un sonreír a las yerbas humildes, un comprender el acento de los rostros campesinos, un cantar la gloria de los frutos, un enmudecer de emoción ante el llamado que emerge de los rincones ocultos y sube de los abiertos panoramas.

En su compañía, nuestras palabras antes débiles, fluían ávidas, precisas y reveladores; las penosas caminatas por los polvorientos caminos, trocábanse en algo alegre y fácil como una danza; la comprensión ante todo lo que nos rodeaba se hacía real y profunda; y al expandirse nuestro ser en ese estado de gracia, sentíamos cómo subía hasta la superficie del rostro la flor de una sonrisa extasiada.

Cómo no amar a estos hombres cuya sola presencia nos exalta y nos hace más fuertes, más hábiles, más alegres, más capaces de comprensión y simpatía.

La conversación de González era chispeante y embriagadora como un buen vino viejo. Al oírla, pronto caíamos en el olvido de todo lo presente, comenzaban a abrirse extrañas perspectivas, y un regocijo insólito nos entregaba, de una charla exaltada a los más ardientes propósitos, y, de ellos, al goce único de la labor real. Un verdadero maestro sabe embriagarnos con nuestro propio trabajo. Encendía cuanto tocaba, y las cosas,



Juan Francisco González

Dibujo de Jorge Délano (Coke)

El patriarca de la pintura chilena

Acaba de desaparecer el patriarca de la pintura chilena. Ha muerto don Francisco González. Por sus largos años de duro trabajar, por su alma encendida en un perpetuo fervor por el culto de lo bello, por su vida ejemplar, consagrada enteramente a servir de guía espiritual a la juventud soñadora y estudiosa de su patria, por la clara y altísima calidad artística de su labor y hasta por su venerable aspecto físico, nadie mejor que don Juan Pancho—como se le llamaba cariñosa y respetuosamente—podía ostentar con mayor justicia ese tierno y severo calificativo bíblico.

Saturado de un eclecticismo amplio, lo mismo batallaba por el triunfo de sus antiguos compañeros como por la alborada llena de promesas de los noveles luchadores. Sin embargo, algo había en él que lo inclinaba fatalmente hacia los arrestos bizarros de estos últimos. Amaba a la juventud sobre todas las cosas. Y hasta en los últimos días tomó parte activa en toda exposición, en todo movimiento de renovación, en toda manifestación de arte donde el espíritu juvenil lanzara la clarinada de su advenimiento.

Ante su figura simpática y querida, prestigiada por un pasado glorioso y por los ochenta inviernos que habían nevado en su rebelde melena de antiguo estudiante del Barrio Latino, las cabezas altaneras de la muchachada se descubrían como al paso de una bandera.

No hay ejemplo de otro pintor en Chile que llegara a infundir en las nuevas generaciones tan extraordinario sentimiento de respeto y de cariño, de comprensión por la

(Pasa a la página siguiente)

al quedar iluminadas, acababan por rodearnos, con el fulgor de una fiesta.

González fué un gran pintor; sí, pero González fué más que todo eso. Sólo muy pocos llegan a su grado de plenitud, a esa calidad de sabiduría directa.

González fué por ello, entre otras cosas, un filósofo. No dejó doctrina, tratados, ni discursos; pero dejó en su vida todos los elementos necesarios para extraer esa doctrina y escribir ese tratado.

Ante todo tuvo una vocación avasalladora. Muere pasados los ochenta años. Durante sesenta y cinco, ha pintado sin tregua miles y miles de pequeños cuadros. He ahí el eje y el centro de su vida. Una vocación semejante ordena y polariza una existencia: todo en ella cobra orden y jerarquía, y por lo tanto, dignidad y nobleza. El temple acerado que así se obtiene, permite que nada resista a su embate, y he aquí cómo un hombre, por el solo amor de su arte, puede alcanzar altas revelaciones en varias otras esferas de la vida.

Amó la pobreza digna y la aristocracia verdadera, comprendiendo que si la segunda sólo vale por sus virtudes, la primera le ofrece un medio libre, simple y propicio.

Amó todos los nobles refinamientos, distanciándolos de la vana exquisitez, y de la burda opulencia.

Tuvo siempre el ademán, la gallardía y la desenvoltura de un verdadero gran señor, porque fué un verdadero gran espíritu.

Despreció la debilidad, la pretensión suficiente, la falsa sabiduría y la igualdad imposible.

Nunca hizo violencia a su obra. No se empeñó por lograrla. Confiaba en su amor. Se entregaba a la pintura cotidiana de un modo espontáneo, ágil, llevado por una suerte de frenesí. Por eso hay en muchos de sus cuadros cierta calidad especial de flor que se ha cogido sin ajarla, de sonrisa que se obtuvo sin engaño, de amor que respondió al amor que le había hecho nacer.

Ahí, detrás del Cerro Blanco, Juan Francisco González vino a la tierra. Largos viajes, Europa y América; larga vida, obra y enseñanza, y ochenta y tantos años después, cerrando el círculo de la existencia vuelve aquí, de este lado del mismo cerro para desaparecer en el mismo rincón de la vasta tierra.

González perteneció a Los Diez, él fué el animador de aquel grupo de escritores y artistas que la muerte viene diezmando. Pero González busca estrechar filas más allá de esta existencia, y he aquí como viene a detenerse en la sepultura vecina a la de Manuel Magallanes Moore y no lejos de donde reposa Julio Bertrand Vidal. Como en la vida fueron suyos las casas de sus amigos, esta tum-

ba también le pertenece por el derecho que otorgan la admiración y el afecto.

Días antes de morir González cayó en delirio. Un bellissimo delirio que nos revela el cimiento de su ser verdadero. Se creía rico y estaba lleno de afanes repartiéndole toda su riqueza. Conversé con él horas antes de entrar en agonía: ¡Cómo recordaba, uno a uno, a sus amigos ausentes! Para cada cual tuvo la expresión gráfica de color, de gracia y de ternura. Esos últimos dibujos imaginarios parecieron quedar vagando en torno de su vieja cabeza doblegada. Quería que todos fuésemos a saber la buena nueva: él nos iba a llevar a la vieja y amada España, a la dulce Francia inolvidable. Que se apresuraran en ir, porque él estaba haciendo la lista interminable de sus infinitos amigos.

En esta época, cuando el otoño se anuncia y las golondrinas y los pintores se inquietan, cuando las vendimias se inician y los frutos de todos los huertos perfuman la ciudad, cuando las mañanas comienzan a envolverse en las primeras nieblas azules y luminosas, y los crepúsculos ahondan los cielos y se mantienen largo tiempo encendidos, en esta época del año González, como siempre lo hiciera, se aleja hoy de nosotros. Pero no va ahora hacia la fiesta de los colores, ni sus pasos pueden gozarse hollando el tapiz inquieto de las hojas secas que él cantara. Pero vaya donde vaya, sabe que él lleva sus pinceles. Lleno de emoción ví cuando su amada compañera antes de cerrar el ataúd, los ponía en su pecho como el ramillete de donde habían brotado las flores inmarchitables de su propia gloria.

Felices los verdaderos maestros porque ellos pudieron despertar a unos hombres de entre los vivos. Y tristeza de sus amigos y discípulos, porque ellos saben lo que vale la pérdida de esa su ciencia imponderable.

Pedro Prado

Cerca de cuarenta años de invariable amistad, una admiración igualmente antigua, y el piadoso encargo de un grupo de viejos amigos, me obliga a romper aquí, durante algunos instantes, un silencio que la emoción ofusca de la pena justificaría, para decir públicamente adiós, para acariciar con ternura y respeto, ante la tumba abierta, la frente magnífica, la cabellera blanca, el corazón inmóvil de uno de los más nobles frutos de nuestra raza; del más espontáneo, nacional y encantador de nuestros grandes artistas. Iba a decir de nuestros poetas... Muchos dones recibió de Dios este gentilísimo amigo: vitalidad asombrosa, sensibilidad refinada, ejemplar laboriosidad; amor a la belleza, que casi fué en él una religión; pasión por la verdad, la justicia y la independencia; orientación colombina hacia todo lo que es dignidad, gentileza, señorío—"calidad",—como él gustaba decirlo sintetizando y saboreando en este precioso concepto, todas las cosas altas, bellas y justas. Su ático buen gusto, ese íntimo tacto de la medida, del límite unido a

un don de gracia que en el combate se transformaba en malicia, gala, y suavizaba los terribles golpes de su hispano mandoble, su parisianismo innato—como el de su hermano Simón—hacían preguntarse una vez, asombrado, en París, entre las pétreas estatuas del jardín del Luxemburgo, a un francés de la cepa de Racine, que "de dónde podía haber sacado el lejano Chile estos exquisitos espíritus que parecían nacidos en el riñón mismo de Lutecia..." Quien estudie en el futuro a este grande artista, a este hombre raro, tendrá también que asombrarse ante esa su sicología de imperial diamante, tan íntegro y sobrio en su unidad esencial como rico de luminosos y divergentes facetas: lo que acaso explica, junto con su virtud de darse, de repartir generosamente sus interiores riquezas, la permanente fascinación que ejerció sobre tantos hombres y mujeres, viejos y jóvenes, que formaban el vasto mundo de sus amigos, admiradores y discípulos, que solían no conocerse o no entenderse entre ellos, y que, por lo general, enjoyaban orgullosamente sus hogares con esos maravillosos pequeños cuadros, con esas discutidas "manchas" que revolucionaron la pintura en Chile, y en su larga vida el maestro produjo por millares.

No seré yo quien pretenda recordar aquí, en estas precipitadas líneas—que borrona más de una lágrima,—evocar con palabras dignas de él, el arte de este creador de belleza, cuyas pinturas no fueron la única manifestación de su inagotable maestría. Tanto llegó a confundirse, a veces, con nuestra encantadora naturaleza, con los adorables paisajes de nuestro gran valle, que todo lo que hay de más delicadamente bello en éste, en las cuatro estaciones, lo recuerda a nuestros ojos a cada instante, y parece que llevara su firma. Flores de los jardines y árboles y arbustos de los campos, mo-

numentales castaños y álamos de oro, musgosas tapias y nobles portales, cúpulas y torres, viñas encendidas y cardales hirsutos, ranchos y aguazales en que se mira el cielo, todo lo que es bien chileno y español, y bien romano y bien ático, en la naturaleza, la arquitectura y las costumbres, fué ardientemente amado por él, con amor más paternal que fraterno, con ternuras franciscanas y magnificencias de príncipe. Porque si los crepúsculos y las rosas, la queja de los torrentes y el canto de los pidenes pudieron alguna vez superarlo, sin lograr nunca vencerlo, hay toda una infinita variedad de cosas, y de aspectos, que el vulgo encuentra feos, y acaso a veces lo sean, pero que el milagroso alquimista que había en nuestro amigo transformó innumerables veces en piedras preciosas, y alegría y encanto de los ojos. Suprema virtud y supremo genio de este artista, y de todos los verdaderos artistas, que casi se confunde con el genio de la caridad,—que es también amor de la eterna belleza y amor del prójimo—y que sobrenaturaliza, por decirlo así, la naturaleza, y con ella la fealdad y el mal mismo, y los sublimiza hasta elevarlos a la categoría de placer celeste, de virtud educadora y consoladora, de gracia y gozo espiritual que casi constituyen una justificación de la vida misma para los que desgraciadamente no encuentran la verdadera, y pone dulcemente al hombre en los misteriosos trampolines que llevan a esa justificación y a la comprensión amorosa, humilde y grata de lo infinito: a Dios.

A estas supremas alturas elevó su arte a Juan Francisco González. Y no es este milagro el menor de los regalos que legó a los suyos—y todos lo fuimos un poco—el maestro magnífico que hoy entregamos a la tumba.

Diego Dublé Urrutia

El patriarca de la pintura chilena...

(Viene de la página anterior)

obra realizada, de veneración al hombre y al artista.

Con don Juan Francisco González desaparece uno de los temperamentos pictóricos más ricos y generosos que ha dado el país. Siendo criollo hasta la médula en sus temas, había diluido en su paleta una delicada esencia francesa que perfumaba su obra dándole una sutileza especial.

Fuó un renovador de nuestra pintura. Con él nos llegaron las primeras ventoleras impresionistas que habían de revolucionar el sentido pictórico nacional.

Como pintor, se individualizó en forma tan rotunda y verdadera, que su personalidad

artística era ya intocable. Maestro en toda la extensión de la palabra. Sus paisajes poseen una expresión cautivadora que reside principalmente en el matiz, lleno de sensibilidad, de su colorido. Nadie como él ha sabido interpretar de manera más poderosa y más delicada al mismo tiempo, esa dorada gama otoñal que incendia y quema en ocre y rojos la fronda de los árboles. Sus figuras sueltas, abocetadas, valientes de ejecución y de color, son también inconfundibles. La obra de don Juan Francisco González permanecerá, para gloria de su nombre y para honra de nuestro arte, mientras exista pintura chilena.

Junto al gran artista estaba el hombre enaltecido por una bondad sin límites.

¡Qué enorme corazón de niño! Su voz suave y dulce, sus gestos lentos, sus consejos sabios, llegaban hasta el fondo de nuestro espíritu y sentíamos en esas palabras el hábito de los verdaderos y puros sembradores de belleza.

Sobre la almohada mortuoria, la melena del viejo pintor es ahora una mancha de nieve. Nieve dorada por cuatro cirios.

P. Sienna

OCTAVIO JIMENEZ A.

Abogado y Notario

OFICINA:

125 varas al Este del Almacén
Robert, frente a Reimers.

Tel. 4184 — Apdo. 338

Poesías de Paul Valéry

Versiones de RAFAEL LOZANO

= Sacadas de un tomito de Poesías de Paul Valéry que ha de aparecer en las Ediciones del *Convivio*. San José de Costa Rica =

HELENA

¡Azul!, soy yo... Que retorno de las grutas de la muerte
para oír el oleaje contra las gradas sonoras
y para ver las galeras resurgir en las auroras
con filudos remos de oro venciendo la sombra inerte.

Con mis manos solitarias, llamo ahora a los monarcas
en cuyas barbas salobres jugaban mis dedos puros;
yo gemía, mientras ellos cantaban triunfos oscuros
y aquellos mares que huían de las popas de sus barcas.

Escucho los caracoles y los clarines guerreros
que imperiosamente ritman el vaivén de los remeros,
los cuales, con sus caneiones, encadenan el tumulto,

y los dioses, en la proa siempre heroica, enardecidos,
con sonrisa a la que llega la espuma como un insulto,
tienden hacia mí sus brazos indulgentes y esculpido.

CESAR

César, reposado César, el pie sobre toda cosa,
ambos puños en la barba y el ojo negro poblado
por águilas y combates del ocaso contemplado,
tu corazón se hincha y sientes ser la causa poderosa.

El lago en vano palpita y lame su lecho rosa,
en vano de oro precioso brilla el trigal espigado;
tú endureces en los nudos de tu cuerpo musculado
la orden que saldrá pronto de tu boca silenciosa.

Todo el mundo, que se extiende más allá del horizonte,
el Imperio, aguarda el rayo, el decreto que lo afronte
y que tornará el ocaso en un incendio de aurora.

Feliz, allá en su barquilla, y dejándose arrullar,
un pescador indolente que flota cantando, ignora
la tormenta que en el pecho del monarca va a estallar.

EL BOSQUE AMISTOSO

Hemos pensado en las cosas más puras,
juntos los dos, por caminos y llanos;
hemos tenido enlazadas las manos
sin decir nada... entre flores oscuras.

Hemos marchado cual dos prometidos,
solos y bajo la noche estrellada;
hemos gustado esa fruta encantada:
la luna, grata a los enardecidos.

Nos hemos muerto después en la alfombra
húmeda, lejos, los dos, a la sombra
dulce del bosque apacible y sonoro.

Y en el fulgir del azul domo inmenso,
¡nos hemos encontrado tras el lloro,
oh, caro compañero de silencio!

EL SILFO

Ni visto ni sabido:
apenas soy perfume
que en el aura se asume
viviente o fenecido.

Ni visto ni sabido:
¿es azar o maniobra?
Pues, apenas venido,
se termina la obra.

¿Leído? ¿Comprendido?
Aun al más entendido,
¡cuántos yerros desliza!

Ni visto ni sabido:
¡como entre dos camisas
un seno percibido!

LAS GRANADAS

Duras granadas entreabiertas:
os rompe el exceso de granos
cual pensamientos soberanos
revientan las frentes alertas.

Si los dioses dieron remate,
bellas granadas desgajadas
por altiveces desbordadas,
a los tabiques de granate,

y si el oro de la corteza
cedió, a pesar de su dureza,
rojas gemas llenas de zumo,
esta luminosa ruptura
me recuerda un alma que exhuma
en su secreta arquitectura.

EL VINO PERDIDO

Cierto día, en el Océano
—bajo qué cielo es hoy ocioso—
vertí, como ofrenda al Arcano,
un sorbo de vino precioso.

¿Quién quiso perderte, licor?
¿Acaté acaso al adivino?
Quizá en mi inquietud interior
soñé con sangre y vertí el vino.

Su transparencia acostumbrada,
una vez la rosa esfumada,
recobró sin mancilla el mar.

¡Ido el licor, ebrias las ondas!...
En el viento acre vi saltar
formas que siempre están muy hondas...

INTERIOR

Una esclava de ojazos que atan suaves cadenas
cambia el agua a mis flores tocándolas apenas,
al lecho misterioso prodiga dedos puros
y pone una mujer en medio de estos muros,
la cual, entre mis sueños errando con decencia,
pasa ante mis miradas sin inquietar su ausencia,
tal como pasa el vidrio al través del sol grato
y de la razón pura evita el aparato.

COMO A LA ORILLA DEL MAR

Como a la orilla del mar,
sobre el frente de separación,
sobre la frontera pendular,
el tiempo otorga y retira,
asesta, extiende,
vomita, rebaja,
entrega y lamenta,
toca, cae, besa y gime
y entra en la masa,
entra en el mar.

Me abismo en el intervalo de dos oleadas...
Ese tiempo de mala gana
finito, infinito...
¿Qué encierra ese tiempo?
¿Qué es lo que contiene y quién sobresale en él?
¿Qué mide y rehusa y me recupera ese tiempo?
¡Imponente impotencia de sobrepasar, oh, ola!
¡La secuencia misma de tu acto es recobrase,
redescender para no romper
la integridad del cuerpo del agua!

Permanecer mar y no perder nada

de la potencia del movimiento!
Hay que redescender
a rechinadientes, de mala gana,
reducirse y recogerse,
refundirse en el número inmutable,
como la idea al cuerpo retorna,
como vuelve el pensamiento
al punto donde su causa secreta
lo estimulara y elevara,
mas no puede hacerlo siempre, como no sea regresando
a la presencia pura y simple,
a todo, menos a sí mismo,
aunque ya no sea el mismo,
el mismo no por mucho tiempo,
nunca por el tiempo necesario
para terminar con todo
y para comenzar varias veces...
¡Será siempre tiempo para otra vez!
¡Para la próxima y para la otra nueva vez!
¡Para una infinidad de veces!
¡Para un desorden de veces!

Oye indefinidamente, escucha
el canto de la espera y el choque del tiempo,
el arrullo constante de las cuentas,
de la identidad, de la cantidad,
y la voz de sombra vana y fuerte,
la voz macisa del mar
repetirse: gano y pierdo,
pierdo y gano...
¡Oh, arrojar un tiempo fuera del tiempo

Más que sólo a la orilla del mar,
me entrego como una ola
a la transmutación monótona
del agua en agua
y de yo en yo...

PSALMO SOBRE UNA VOZ

A media voz,
con una voz dulce y débil que dice grandes cosas,
importantes, asombrosas, profundas y justas,
con una voz dulce y débil.
La amenaza del trueno, la presencia de absolutos.
Con una voz de petirrojo,
con el detalle fino de una flauta y la delicadeza del son
puro.

Todo el sol sugerido
por medio de una media sonrisa
—oh, media voz—
y por una especie de murmurio
en lenguaje infinitamente puro.

Quien no hubiese alcanzado sus palabras,
quien lo hubiese oído a cierta distancia,
hubiese creído que decía naderías.
Y eran naderías para el oído
confortado...

Mas ese contraste y esta música,
esta voz rizando apenas el aire,
esta fuerza musitada,
esas perspectivas, esos hallazgos,
esos abismos y esas maniobras adivinadas.

¡Esa sonrisa licenciando al universo!...

Sueño también para terminar
con el frufrú de seda solo y discreto
de un fuego que se consume al crear toda la alcoba,
y que se habla
o que me habla
casi consigo mismo...

Paul Valéry

La eterna historia de las dictaduras

= De Luz. Madrid =

Después de Rusia, después de Italia, de tantos otros países, le ha llegado el turno a Alemania. Vamos a presenciar otro ejemplo, el más grave por sus consecuencias, de usurpación dictatorial por Hitler y sus huestes y aliados.

El mundo observa, inquieto y estupefacto, lo que acontece en Alemania. Todos estos experimentos dictatoriales que se vienen sucediendo desde hace quince años le han cogido de sorpresa. El mundo se encuentra ante ellos como frente a un fenómeno nuevo. Y sin embargo la historia de las dictaduras se repite desde hace veinte siglos, siempre la misma, como obedeciendo a una ley constante.

En los comienzos surge siempre una perturbación violenta de un viejo orden legal. A veces un hombre, a veces un grupo, se halla en cierto momento empujado por las circunstancias—más aun que por su ambición—a adueñarse del Poder por un golpe de fuerza. El hombre o el grupo que ejecuta el golpe de fuerza cree siempre que la violación de la legalidad sólo será excepcional y pasajera; que una vez dueño del Poder legitimará ese Poder por actos de brillantez y relieve que impondrán a la mayoría reconocimiento y admiración. Hace promesas, trata de cumplirlas, se agita, intenta, se arriesga... Pero la ilegitimidad del Poder provoca oposiciones, desconfianza, recelos, críticas, que asustan al dictador precisamente porque su poder carece de una sólida base de Derecho. El dictador se defiende reforzando su régimen de violencia y recurriendo a la corrupción. Pero con ello agrava el carácter ilegítimo de su poder: su violencia y su corrupción excitan la oposición, el odio, las tentativas de resistencia—legales o ilegales—. Estos, a su vez, empujan al usurpador aun más lejos en el camino de la violencia y de la corrupción. Es decir, de la ilegitimidad. Con el deseo de no apoyarse exclusivamente en la fuerza, a medida que su poder se hace más violento, el dictador se ve llevado a tratar de justificarse por los resultados: a hacer creer que realiza cosas grandes, cosas que ningún otro poder sería capaz de hacer.

Mas sea el dictador un grande hombre auténtico o un mero charlatán, consiga realizar grandes cosas o se vana glorie tan sólo de realizarlas, tropieza siempre con el mismo inconveniente: los resultados de una política son siempre discutibles, mientras que un principio de Derecho consolida a un Gobierno en la medida en que todo el mundo lo reconoce sin discusión. Desde el momento en que un gobierno trata de legitimarse por los resultados de su obra, toda crítica de su actividad se le hace insostenible. Dudar de los resultados de su política equivale a poner en tela de juicio su derecho a gobernar, a declararlo ilegítimo y usurpador, a "atentar con-

tra la seguridad del Estado". De ahí la necesidad para un gobierno usurpador de imponer como dogma su infalibilidad, de ahogar toda crítica independiente.

Pero esta violencia, añadida a las otras, exaspera a las oposiciones; y de ahí surge otra vez para el poder dictatorial la necesidad de intensificar todavía más la violencia, de hacerse más absoluto, de librarse más aun de toda fiscalización: es decir, de hacerse también más ilegítimo todavía. Hasta el momento en que, tras haber buscado durante algún tiempo la solución del problema en esa dirección, el dictador es rechazado por la ilegitimidad creciente de su poder en la dirección opuesta: la de buscar nuevamente la justificación de su poder en los resultados. Si los resultados anteriores no bastaron, habrá que obtener otros mayores, reales o fingidos. Si se trata de resultados genuinos y serios, será preciso imponer al pueblo riesgos y esfuerzos más grandes. Si se trata de resultados imaginarios, el charlatanismo de los embaucamientos oficiales aumenta hasta lo absurdo. Así, poco a poco, el dictador se hunde cada vez más en la ilegitimidad de su poder, hasta crear una situación inextricable, de la que no puede salir salvo por una catástrofe. Catástrofe que se llamará para Julio César, los Idus de marzo, y para Napoleón, Waterloo. Pero la catástrofe será una liberación para todos: para la dictadura como para sus víctimas.

Tal es el ciclo que todas las dictaduras han recorrido, idéntico en todas como la órbita de un planeta: la dictadura de César como la de Cromwell o de Napoleón. Se vuelven a encontrar en todas las mismas ilusiones, los mismos errores, las mismas acciones y reacciones. Se explica uno que el mundo occidental no haya comprendido de qué se trataba en el caso de César o de Cromwell. La dictadura de César fué breve, concentrada en cuatro años, en las postrimerías de una existencia llena de empresas mucho más importantes, y desapareció, como Rómulo, en la gran tormenta que devastó la República después de su muerte. La dictadura de Cromwell recorrió su ciclo en un rincón de Europa, apartada de ésta. Inglaterra no tenía en aquella época la situación mundial que ha adquirido luego; su revolución y las consecuencias inmediatas de ésta no fueron a la sazón sino acontecimientos internos. El resto de Europa solamente se ocupó de ella en la medida en que podía afectar sus intereses. La dictadura de Napoleón, empero, hubiera debido ser una experiencia decisiva para todo el mundo occidental por lo larga, clara y completa. Hubiera debido revelar definitivamente a nuestra civilización la naturaleza y los

peligros de este monstruo que es el poder ilegítimo, puesto que esa dictadura se desarrolló en el centro del mundo occidental, en un momento decisivo de la Historia, ante las miradas atentas del universo; y que tuvo el desenvolvimiento más cabal que cualquier dictadura haya tenido jamás, desde sus orígenes modestos, a través de las oscilaciones intermitentes por las cuales la dictadura napoleónica se encerró en su propia ilegitimidad, hasta la situación más inextricable y una de las catástrofes más gigantestas de la Historia universal.

¿A qué aberración se debe que el mundo occidental haya falseado esa inmensa experiencia, que le había costado tanta sangre y que hubiera debido dar a su espíritu la madurez definitiva, convirtiéndola en aventura romántica de un joven héroe semifabuloso, capaz de excitar agradablemente la imaginación de los jóvenes y de las mujeres, y de suministrar materia a los poetas, a los novelistas o a los fabricantes de películas? ¿Cuánta desgracia hubiera evitado el siglo xix de haber comprendido la aventura por la cual había entrado en la Historia y de haber aprovechado la lección!

Pues bien: lo que no se ha hecho todavía tiene que hacerse ahora. Es preciso que el occidente conozca la realidad histórica sobre la cual el siglo xix ha bordado su leyenda romántica del tirano salvador, si es que no quiere ser hundido por las usurpaciones que se multiplican un poco por todas partes, en Europa, en Asia, en América. Grandes o pequeñas, esas usurpaciones dictatoriales no constituyen hoy, ni fueron nunca, soluciones, sino, al contrario, complicaciones. Complican hasta el extremo una situación ya difícil, que después de la usurpación sólo puede resolverse por una catástrofe.

El occidente no tiene, pues, nada que esperar de estas usurpaciones, que no pueden sino aumentar las dificultades en medio de las cuales se están debatiendo. Es, sobre todo, necesario desconfiar de las promesas extraordinarias que suelen hacer esos dictadores, como si tuvieran la facultad de modificar la Historia. Detrás de sus promesas se oculta siempre una cuestión mucho más modesta, pero la única que interesa verdaderamente a quienes han de obedecer a un gobierno de usurpación: si éste tiene o no el derecho a mandar.

Si las clases dirigentes de occidente hubiesen conocido estas sencillas verdades, si no hubieran nutrido su espíritu desde hace un siglo con falsificaciones románticas de la Historia, Europa no se hallaría en la situación de presenciar hoy en Alemania una usurpación dictatorial acaso capaz de precipitar a Europa en el caos. ¿Que el peligro en el cual nos vemos nos ayude, al menos, a encontrar el camino de la verdad y de la salvación!

Guillermo Ferrero

‘Apuntes’

= Envío del autor. San José. C. R. =

“¿Hasta cuándo llegará el día en que se aprecie más al hombre que enseña que al hombre que mata?”

Desde que descubrí aquella fuente silenciosa, no por ello menos clara que otras que discurren bulliciosas y atormentadas al estrellarse contra las piedras que reposan en el cauce de los ríos, purificándolas en su correr hacia el océano, padre de todas las aguas, siento un deleite único al tomar en el hueco de la mano la parte proporcionada que he de llevarme a los labios ávidos de esa sed que parece aumentarse a la vista del líquido puro, sano y refrescante. Tal me acontece al recibir y leer el modesto cuaderno “Apuntes” dirigido por don Elías Jiménez Rojas, espíritu de facetas diversas dentro de una ideología poco común, en esta hora, en la cual los hombres pensantes parecen retraídos definitivamente, o tal vez evolucionados hacia tendencias de un orden menos abstracto, restándonos, así, esa suma de pensamiento—que también es acción—indispensable en la organización y marcha ascendentes de las colectividades hacia fines de verdadera utilidad. Los Einstein, y los Picard, son los menos, y sí, muchos los que gritan sin enseñar. Don Elías es sobrio, muy sobrio en escribir, y lo mismo le acontece en el hablar, condición ésta, inherente al pensador, pareciendo más bien un reconcentrado, si lo juzgamos con una psicología ligera, pero ahondando algo más, nos convencemos de que no es así. Al hablar con él, oye, más que dialoga, y en su mirada escrutadora, la que parece más intensa a través de sus gafas de aumento, se nos mete alma adentro, creyendo entonces percibir en él un murmullo interior, quizá el de su propio yo que en aquel momento le recuerda el sabio aforismo: “Hay una lengua de oro en la boca de los santos”. Por el contrario, cuando se expande, lo cual no hace muy a menudo, es para enseñarnos algo, no para pontificar, pues él, tan activo, tiene tiempo para todo y para todos. A mí, desconocido e ignorado en este remanso de la capital costarricense, que he escogido para descansar de mi atareado pretérito, siéndome no obstante, la necesidad obligada de la quietud más difícil de practicar que la antigua actividad, me ha enseñado muchas cosas, y eso que, como he dicho, es él sobrio en palabras, y yo, prudente para restarle tiempo a su vida de diligencia, porque también don Elías, como las abejas, forma silencioso sus panales, y reparte sus mieles, en ocasiones con algo de acíbar, pero, almíbares al fin, su pureza, y gusto, nos encienden siempre la sed, y al llevar de nuevo a la boca sedienta el agua que entonces nos parece como nueva, encontramos lo que de hondo y filosófico tiene el pensamiento del divino Leonardo: “Sólo el agua sa-

be tomar la forma de los vasos que la contienen”.

Para los que saben pensar, y sentir, “Apuntes” será siempre un renuevo en la vida interior, por lo que en aquellas páginas se encuentra de educativo-ins-

les en las últimas generaciones discerniría lugar eminente al “Diario de un testigo de la guerra de Africa”. Es probable que en algunos colegios hiciesen leer los maestros a sus discípulos el libro aquel de Amicis, “Corazón”, en el que se engarzan breves cuentecitos al hilo de las guerras en pro de la unidad italiana. Pero cualquier niño, por poco despierto que anduviese, no podía por menos de preguntarse cómo no se le hacía llegar el patriotismo en vehículo nacional. Y desde este punto de vista, ¡qué comunicativas, qué coloreadas, graciosas y enérgicas son las páginas de Alarcón, soldado y cronista, en aquella “epopeyita”, consuelo o gloria de países pobres! Durante muchos años, España tuvo que vivir moralmente de la batalla de los Castillejos, de Prim y sus arengas. Lo que fuese este episodio en el cuadro general de las grandes Empresas hispánicas es Alarcón, referido a la nómina de nuestros grandes escritores. La proporción me parece exacta. Cada época tiene su escala. Y no la amplían, a beneficio suyo—milímetro más o menos—ninguno de los novelistas contemporáneos de Alarcón. Novelista éste incluso en sus libros de viajes o en el “Diario” consabido. No por lo que inventase, sino por su arte de narrador, fuese la materia del relato lo vivido o lo imaginado. Galdós, Valera o Pereda, uno por uno, aventajan a Alarcón en prendas diversas de concepto o estilo, que necesitarían detenido análisis. Pero ninguno supo contar como él: con su soltura, con su humana llaneza, con esas antiguas virtudes que son la amenidad y el gracejo.

Como el “Diario de un testigo de la guerra de Africa”, las crónicas del viaje “De Madrid a Nápoles” emanan un atractivo de auténtica puerilidad: sencillez en la percepción, gusto por el detalle, digresiones porque sí, afán de explicárnoslo todo, aunque no nos lo llegue a explicar: pasatiempo y moraleja.

truccional, que es el fin—no por modesto menos meritorio—que don Elías, con un altruismo, raro también, puesto que la publicación la reparte gratis, se ha propuesto.

Pedro Julio Mendoza Bruce
(Colombiano)

San José de C. R., año de gracia de 53, abril 10.

Alarcón evocado en su centenario...

(Viene de la página 232)

A falta de mejores textos, muchos niños españoles, en el tiempo de nuestros padres se asomaron al París del “cancán” y a la vieja Italia—en la grandeza de sus reliquias clásicas y de su “risorgimento” romántico—por la ventanita que, familiarmente, abrió Alarcón. Y el mundo de las pasiones reveló, burla burlando, su secreto, gracias a la versión agria y tierna a la vez de “El niño de la bola”. De más reducidas dimensiones, pero de más estimable factura, “El capitán Veneno”, es un juguete que ha entretenido a muchos. Y se levanta por encima de estos y otros libros el precioso “Sombrero de tres picos”. No es fácil encontrar cuento más cumplido en nuestra literatura. Claro es: la estimación de esta obra explica perfectamente el menosprecio de otra que es todo lo contrario: “El escándalo”. El autor se sintió trascendental, y no creo que logre ni retenga la atención de los adultos: la de los párvulos la pierde, desde luego.

Estudió Alarcón para cura; pero quedó a la mitad del camino. Quiso ser soldado, y acreditó valor sin que le tentasen galones ni medallas. Escribió verso y prosa de varia naturaleza. Tanteó el teatro. La política le hizo diputado a Cortes, ministro plenipotenciario, consejero de Estado. Una vez se batió Alarcón, en condiciones muy duras, y generosamente, disparó al aire. Esta imagen del nordista contribuyó mucho a nimbarle de simpatía, y parece humanizar toda su época. Alarcón la vivió por modo típico. Pero supo eliminar de su propia biografía el dato bárbaro y desfavorable.

Y he aquí otro perfil, a la hora de esta evocación: el novelista, todavía adolescente, atado a la vida humilde en un rincón andaluz, escribiendo su primera obra: “El final de Norma”, pura fantasmagoría—simpáticamente pueril—de países nórdicos que su anhelo deparaba a la insegura pluma.

M. Fernández Almagro

La salud ante todo

es un hecho indiscutible que la mejor
Cerveza fabricada en Costa Rica
es la

“SELECTA”

Recuerde
que es un producto **TRAUBE**

Alarcón y el testimonio de Gutiérrez Nájera

= En las *Obras* de Ml. Gutiérrez Nájera. *Prosas* (Artículos escogidos). México. 1910 =

ALARCON (Pedro Antonio de): *Cosas que fueron* (1 Vol.) *El sombrero de tres picos* (1 Vol.) *El capitán veneno* (1 Vol.) Editados en la COLECCIÓN DE ESCRITORES CASTELLANOS. Madrid.

...“La Nochebuena del poeta”—así se llama uno de los artículos de esa preciosa colección (1)—me encantaba sobremanera. Aquel soñador, ido a Madrid en busca de fortuna y que dejó a los padres en el quieto vilorrico; aquel que, tiritando, recorre las calles en noche de Navidad, y ve con envidia a los que tienen su hogar, su sopa de almendra, y en ruedo cantan villancicos o festejos bailan, me conmovía profundamente.

He releído el artículo y lo encuentro lindísimo. Esa “Nochebuena” y la de Larra, son las más buenas de la prosa española.

...Lo bello es eterno, y él (Alarcón) hizo muchas cosas bellas. Las *Cosas que fueron* tienen cosas que son y serán primores siempre. *El sombrero de tres picos*, aun cuando lo que se use sea el sombrero de copa, gustará siempre a todos los enamorados del arte.

...Para mí (ahora que puedo apreciar a Alarcón con criterio menos malo que hace diez y ocho años), lo que de él vivirá son *El sombrero de tres picos*, *El Capitán Veneno*, varias de sus *Novelas cortas* y algunos de los artículos que coleccionó.

...Pero en este siglo de lujuriosa producción literaria, debe tenerse por dichoso el que pueda entrar a la inmortalidad con sólo exhibir estos tres billetes color de rosa, que se llaman: *El sombrero de tres picos*, *El Capitán Veneno*, y *Novelas cortas*.

...En cambio, ¡qué lindísimos cuentos escribía Alarcón! La palabra castellana cuentos, no trasmite la idea que deseo transmitir y que sí expresa la del idioma francés: *nouvelle*: Porque cuento parece denotar algo pueril, la narración escrita para solaz del niño; y en la *nouvelle* cabe todo, desde el cuadrado “de género”, hasta el análisis psicológico. Cultivala en Francia, con mucho acierto, Guy de Maupassant, siendo a la par, egregio novelista: *nouvelliste* et *romancier*. Y Alarcón es un Maupassant casto.

Volviendo a leer ese *Sombrero de tres picos*, reflexioné que había tenido razón la mamá de Rosa. Hay una intensa voluptuosidad en esas hojas, desde la escena de la merienda, de la parra, hasta la última. La señá Frasquita es muy rozagante, muy fresca, demasiado hermosota. Pero aunque la novelita exhale voluptuosidad, no es inmoral. Es apetitosa.

¡Qué cuadrado más bien acabado! ¡Qué figuras! ¡Qué color! ¡Qué sanas risotadas! ¡Qué alegría!

¿Y el *Capitán Veneno*...? ¡Esa es una obrata maestra! A ese capitán de furibundo mal genio, y que anda a gatas para que un niño cabalgue en él, si le conocemos. ¡Qué buen retrato! ¡Cuán completo el parecido! ¡Y qué buena persona y qué simpático es ese capitán de mal humor! Se ve cómo el cariño va suavizando con su tibia humedad de lágrimas, ese temperamento reseco y áspero. Con haber escrito ese libro diminuto, se conformaría cualquiera.

¿Y el *tic-tac*...? ¡No; quedará mucho de Alarcón aunque él no lo haya creído! No mo-

rirá la memoria de ese delicado pintor de Miniaturas. Dijo él en verso:

Noches vendrán cuya quietud grandiosa
No turbaremos ya... noches de olvido!

Manuel Gutiérrez Nájera

Economía Doméstica. A

Pláticas para mujeres campesinas y de poblaciones pequeñas

4.—El uso de los comestibles

= Envío de la autora. México. D. F. =

(Véase la entrega 11 del tema en curso)

En la plática anterior hablamos de los alimentos agrupándolos en relación con sus valores para la nutrición del cuerpo humano.

El agua es muy importante en las funciones de la digestión y por tanto en la nutrición. El agua buena es la mejor bebida para ayudar a la transformación de los alimentos.

Todos los comestibles contienen agua, con excepción de las grasas puras, como la manteca, la mantequilla y el aceite. El azúcar y el piloncillo, la harina y el maíz, el frijol, el garbanzo, la lenteja, el arroz y otros.

Los cereales como el miz y el trigo, son muy importantes en valores nutritivos. En México todas las familias consumimos maíz y frijol. El maíz en forma de tortillas es buen alimento, pero para los niños menores de tres años la tortilla es de difícil digestión.

A los niños hay que darles el maíz en forma de atole. En Michoacán, Guanajuato, Querétaro y otras partes se hace el atole en la forma siguiente: Se pone a hervir agua y estando en la lumbre se le echa el maíz: se quita del fuego y se deja remojar hasta el otro día. Se muele, se cuele en un cedazo fino y se cuece a fuego lento hasta hacer un atole ligero; es esta una bebida muy sana y agradable.

Otra bebida de maíz, buena para desayuno es el atole de pinole. Se tuesta maíz, se muele con canela o con cáscara de naranja, se disuelve en agua y se pone a hervir, si hay leche se le agrega y se quita de la lumbre; se endulza al gusto.

El trigo hervido entero, hasta que esté reventado y consuma el agua, es buen alimento. Se sirve en platos hondos y con miel de colmena y leche.

Hay un azúcar que las mujeres del campo pueden usar; el aguamiel, puesta a hervir inmediatamente después de sacarla del maguey, puede servir para hacer en ella el atole para los niños.

Si el aguamiel se deja hervir hasta que haga una miel espesa, se puede servir con arroz o trigo en vez de miel de colmena. También con queso o requesón es agradable, con atole y tortillas calientes.

En las comidas del medio día pueden usarse las lentejas y el frijol blanco, las habas. Con estas semillas se hacen muy

Pero no vendrán esas noches para él, sino las sabrosas veladas en las que, a la luz de la lámpara verde, se releen esos cuentos en familia, regocijando a los viejos, despertando curiosidades y malicias en los mozos, haciendo reír a los abuelos y a los niños. No morirá tampoco la memoria del hombre honrado y bueno. Al literato le debemos horas deliciosas y en algunos de sus libros está escrito el verso de Manzoni: *Che forse non morra*.

buenas sopas. Cocidas, molidas y coladas se guisan con tomate rojo (jitomate), si hay pan frío, se tuesta en el comal y se le agrega al servir el caldo.

El garbanzo, para que quede bueno, se pone a remojar en agua caliente la noche anterior al día en que debe usarse. En la mañana se pela en crudo y se pone a cocer; se calcula el agua necesaria para el cocimiento, se cuece junto un pedazo de col (repollo), cortado en trozos y se destapa para acabar de cocerlo. Se guisa con jitomate y cebolla. Si hay carne de cerdo se le ponen trozos.

El frijol para los niños menores de tres años es mejor usarlo colado.

Siempre que haya que agregarles agua a las semillas para que terminen de cocerse, debe emplearse agua caliente, de otro modo se endurecen y no quedan buenas.

Los vegetales, para que no pierdan sustancias alimenticias, se cuecen de la siguiente manera:

Se pone a hervir el agua necesaria: cuando está hirviendo se le agrega la sal, después se echan las verduras bien lavadas. Los romeritos, verdolagas, que-lites, acelgas, ejotes, calabazas tiernas y otros se cuecen así: no hay que tirar el agua en que se cuecen las verduras. La zanahoria, betabel, chícharos, papas y demás vegetales se mondan, esto es, se pelan y se limpian; algunos se parten y se cuecen en la misma forma.

La papa blanca, cocida y machacada, salándola al gusto, es muy buena con la carne. Si hay natilla de leche se le mezcla.

La calabaza dura, cocida y machacada como la papa blanca, agregándole un poco de azúcar, forma un buen platillo acompañado de hongos fritos o de carne.

Los huevos, para que hagan buen alimento, hay que tomarlos tiernos, es decir que no se cueza la vema.

La leche no hay que hervirla más de tres minutos, porque pierde sus cualidades nutritivas. La leche es el alimento completo y los niños pueden alimentarse exclusivamente con leche.

La mujer que tenga cabras o vacas puede hacer sopas de leche. Estas sopas se hacen agregando a las legumbres molidas, como zanahorias, chícharos y elotes una porción de leche.

(1) *Cosas que fueron*.

Las frutas bien maduras son alimentos muy buenos. Se puede hacer con ellas no solamente dulces, también ensaladas y guisados.

La manzana y el plátano, picados y mezclados con cacahuete o nuez requembrados, se ponen sobre hojas de lechuga y se componen con aceite y vinagre, o bien con crema de leche salada y batida con un poco de chile ancho de guisar, bien molido.

No te olvides, mujer campesina, de que el maguey puede darte agua dulce, que hervida y mezclada con pinole o con masa para atole, hace muy buen desayuno para tus hijos.

Hay una manera de cocer las calabazas duras y te la voy a decir:

Se corta en trozos grandes.

Se ponen en una olla tejamaniles para que el fondo quede hueco. Se pone allí una poca de agua, la que quepa en una taza.

Se coloca sobre los tejamaniles una capa de trozos de calabaza. Ya se tiene preparada panela (piloncillo bien machacado), y se pone sobre cada trozo una buena cantidad. Luego se pone otra capa de trozos de calabaza y otra de panela y así, hasta poner toda la calabaza. Se tapa con un lienzo, luego con un trasto y se cubre éste con hojas de elote; se le pone otra tapa para no dejar salir el vapor y se cuece por tres horas o más. La calabaza, tomada en la mañana con leche o atole, también es buen desayuno.

Otras personas te dirán cómo puedes hacer distintos platillos; yo sólo quiero decirte cómo puedes, mujer campesina, usar muchas cosas que tienes, sin gastar más de lo que está a tu alcance.

No les des a los niños pulque, hierve el aguamiel y dáselo en atole o como dulce.

Elena Torres

“El final de Norma”...

(Viene de la página 232)

ro que les compró los pasajes que el uno va para Laponia y el otro va para Italia. Los buques están allí al frente. A la vista los tienen mientras beben a no poder más. Cuando no sean más que dos fardos, el marinero se las arreglará como el ingenio le ayude. Después de todo, ya sabe lo que debe decir:

—Este para Laponia y éste para Italia; éste para Italia y éste para Laponia. Y así fué.

En la segunda parte, el viaje misteriosísimo de la vida, después de la promesa inefable: tal exactamente el símbolo. Viaje comenzado como bien lo imagináis. En brazos de marineros hubo de ser sacado Serafín de ese como materno claustro de la borrachera total. Así dieron con él en el camarote de un buque. El nombre de este buque y su ruta, todo se ignora. Al día siguiente, al despertar de su marasmo, Serafín no sabrá tampoco mayor cosa. Seres extraños que entran y salen, seres para él sin idioma inteligible son los que le amagan males o velan por él. Ignorante puntual de toda especie de geografía, apenas si sabe vagamente que va a Italia con su fracaso y su dolor. Italia: el consuelo del arte.

Pero no, no va a Italia. Va al Norte y el buque se llama “El Leviathán” (¿cómo se llamaría mejor?). Va coligiendo poco a poco la verdad, la dramática verdad. Comanda la nave un capitán enigmático, parecidísimo al joven acompañante de la Hija del Cielo. Acaso también ella va viajando con él. Gloria al señor. El marinero debía de estar providencialmente borracho también cuando se equivocó tan lindamente diciendo: “Aquí el de Polonia... Aquí el de Italia”.

Sí. Viaja la Hija del Cielo. Ella es el ángel que vela por él. De su mano procedió de seguro aquel billete salvador que decía: “Vivid sobre aviso. Es probable que de un momento a otro se atente contra vuestra vida”. Además, como

una noche se le oyerá tocar el violín—el final de “Norma”, justamente,—una mano enemiga quiso arrojárselo al mar. Así mismo fuera de no haberse dormido el violinista con el violín entre los brazos, apretado contra el pecho. Arrojaron al mar solamente la caja. (Y aquí tenemos, en el simbolismo de la obra, ese siempre sabido atentado contra el alma del hombre por agencia de tenebrosos seres). Seres de pesadilla, deformes, horribles, enanos, son por de pronto los tripulantes del buque.

A todo esto, el capitán ha querido, entre artimañas de falsa amistad, trocar en irrisión el ensueño del músico. El también—se espontanea—estuvo enamorado tiempo ha de la Hija del Cielo...

—¿Conocéis, pues, a la Hija del Cielo?

—¡Bah! ¡Ya lo creo, señor Serafín! Una aventurera... Tiene los pies grandes y se llama Jacoba... ¡Vaya un nombre de mal gusto!... Además, ya es persona entrada en años...

Pero qué importa lo que mienta el capitán... Si es verdad que Dios hizo el

mundo y no Satán, el triunfo final ha de ser el de la luz sobre las tinieblas. Venturosa señal por de pronto es que una frase musical pueda ser el santo y seña de dos almas.

Una noche, en medio de una deshecha tempestad, en que parezca que zozobrá el navío, Serafín y la Hija del Cielo se encontrarán frente a frente, pues era cierto que ella viajaba en el mismo buque. Se cumplió la esperanza. Allí está ella tal como es, cantando en la noche suprema la inolvidable partitura: blanca, rubia, los ojos azules, el pie menudo... En cuanto a su nombre, no es Jacoba sino Brunilda el suyo.

Y éste es el diálogo:

—¡Oh!... Decidme de una vez...

—Os digo que viváis...

—Para qué...

—Para vivir...

Pero como fué Dios y no Satán quien hizo el mundo, he ahí finalmente que tras incontables peripecias, el sombrío dominio del pirata rubio es destruido con el auxilio de Alberto, y Serafín y Brunilda se unen y son felices.

Un notable mitologista español—Mario Roso de Luna—estudió desde el mito de Blanca-Flor hasta la leyenda de Juanillo el Oso, toda la vasta florecencia mítica de España. Agregamos nosotros, para la gloria de Alarcón, en los días de su centenario, la trascendental historia de Brunilda y Serafín.

Y no sonriáis. De todas las historias y novelarías del mundo, lo único que realmente tiene un interés enorme para las almas es la eterna historia de Serafín y de Brunilda. Por eso, cuando un autor acierta con una nueva versión alegórica del eterno tema, da a los hombres un libro de los que no mueren, y de paso—digámoslo como lo diría un griego,—y de paso se cubre de rosas y se corona de lirios.

Vestido de rosas y coronado de lirios seas tú, don Pedro de Alarcón, en la gloria de tu centenario, por las propias manos de la Hija del Cielo.

Arturo Capdevila

BANCO NACIONAL DE SEGUROS

DEPARTAMENTO DE VIDA

Tenemos el gusto de anunciar un nuevo beneficio con nuestras pólizas de seguro de vida

INDEMNIZACION DOBLE en caso de la muerte accidental del asegurado

Es decir, EL BANCO PAGARA EL DOBLE DE LA SUMA ASEGURADA, si la muerte sobreviene a causa de un accidente. Este beneficio se concede mediante el pago, por año, de una extra prima de uno o dos colones por cada mil de seguro.

José Martí y Gutiérrez Nájera

(Fragmento inédito de un libro)

= De Revista de Revistas. México, D. F. =

Cuando en 1875 llegó Martí a México, Manuel Gutiérrez Nájera era, más que un adolescente, un niño todavía. Contaba quince años, pero ya comenzaba a pulsar "la lira de lo tierno" a que se refirió don Rafael Obligado, y ya para entonces también lo consideraba Juan de Dios Peza "entre los jóvenes escritores de la gerencia nueva".

Martí, por su parte, no le sobrepasaba mucho en edad; apenas un lustro, que no significa nada cuando se trata de jóvenes y más si en ellos alienta la llama de la inspiración. Así que, moviéndose ambos dentro del mismo ambiente, es seguro que desde entonces trabaron amistad y desde aquellas fechas dató su conocimiento.

Predestinados ya para una misión renovadora en las letras hispanoamericanas, aquellos dos ingenios que iniciaban su carrera triunfal por idéntico y áspero camino, o sea el de las letras, no pudieron menos que comprenderse y estimarse, por más que no hayan dejado huellas visibles del comienzo de su camaradería.

Martí abandonó nuestro país para marchar a Cuba, a Guatemala y a Norte y Sudamérica y entregarse a la par que a sus trabajos revolucionarios, a su infatigable labor periodística; y Gutiérrez Nájera, que permaneció en México, fué poco a poco abriendo brecha hasta colocarse en el pináculo de la fama. Uno y otro eran ejemplos de laboriosidad sorprendente. Verdaderos galeotes del periodismo, personificaban al héroe de Daudet que tenía cerebro de oro.

Y es natural que Gutiérrez Nájera, por las contingencias de su profesión, tuviera con frecuencia que referirse a Martí en los periódicos en que trabajaba y que seguir paso a paso la carrera política y literaria del apóstol de la libertad de Cuba, cuya firma aparecía a menudo en los periódicos del Continente, ya en las correspondencias que enviaba a La Nación de Buenos Aires, ya en los artículos que aparecían en La América, en El Economista Americano y en El Avisador Cubano, de Nueva York, o en La República de Honduras, y que reproducían constantemente las hojas periódicas de México.

No es difícil tampoco, y hay que suponerlo con fundamento, que sostuvieran correspondencia epistolar por más que no ha llegado hasta nosotros ninguna misiva que así nos lo pruebe; y siendo Gutiérrez Nájera fraternal amigo de don Justo Sierra y de todos aquellos que guardaban para Martí el más afectuoso recuerdo, ello nos hace suponer que en El Duque Job vivía latente la memoria del autor de Versos sencillos.

Se consolidó esta amistad diecinueve años después de haberse promovido, cuando Martí, ya en ruta para el supremo sacrificio, fué traído a México en 1894 para organizar la alta empresa a que había consagrado todas sus energías.

Gutiérrez Nájera, como todos los literatos de la época, recibió con los brazos abiertos al ya ilustre viajero, y fué su asiduo compañero desde que Martí arribó a la ciudad de México. En la Revista Azul, el camarada peregrino encontró un sitio, mullido por la cordialidad de quien era alma de aquel gran periódico y de los que estaban agrupados en su torno.

Gutiérrez Nájera y Martí, como si presintieran su próximo fin, "querían decirse todo", según relatan sus contemporáneos, y tan-



Gutiérrez Nájera

MANUEL GUTIÉRREZ NAJERA EN "EL AMERICANO"

No podía el ameno semanario *El Americano* estrenar la página literaria que en el último número inaugura, con obra más graciosa y sentida que la "Duquesita", de ojos verdes, la niña leve e imperiosa, la hija fina y mimada del *Duque Job*. Por su imparcial y vasto corazón es aún más notable Manuel Gutiérrez Nájera que por el marfil y oro de su verso; va por el mundo como fuera de él, no porque a la hora de la fatiga no le conozca las prácticas y bastidores, y pueda en él lucir y guiar, sino porque tiene en sí y en su recuerdo vívido de las obras de beldad excelsa, como suprema y preferible compañía. Las dos aristocracias tiene: la de la indulgencia y la de la admiración. Quien no sabe excusar ni admirar es infimo. De Nájera no podría decir Goethe, como en el libro de los proverbios del Diván, que a la poesía le echa del mundo el poeta. Su alma es elegante y altiva.

José Martí

Enero de 1895.

(En *Nuestra América*, Vol. II de sus Obras compiladas por Gonzalo de Quesada. La Habana, 1909.)

to y tan bien se comprendieron y de tal manera congeniaron, que *El Duque Job*, como antes le había abierto los brazos, le abrió también las puertas de su hogar. En efecto, un día, según me lo ha referido por la simpatía que irradiaba de Cecilia, la hija mayor de Gutiérrez Nájera, que apenas levantaba dos palmos del suelo tomó la pluma y escribió el lindo poema que dice así (1):

EN EL ALBUM DE CECILIA GUTIERREZ NAJERA Y MAILLEFERT

En la cuna sin par nació la airosa
niña de honda mirada y paso leve,
que el padre le tejó de milagrosa
música azul y olavellín de nieve.

De sol voraz y de la cumbre andina
con mirra nueva, el séquito de bardos
vino a regar sobre la cuna fina
olor de myosotis y luz de nardos.

(1) Debo la copia de estos versos a la gentileza de la señorita Cecilia Gutiérrez Nájera, quien actualmente vive en compañía de su señora madre, en Nueva Orleans. Ambas se sirvieron darme los detalles que aquí consigno en lo referente a la familia de Gutiérrez Nájera y su amistad con Martí.

A las pálidas alas del arpegio,
preso del cinto a la trenzada cuna,
colgó liana sutil el bardo regio,
de ópalo tenue y claridad de luna.

A las trémulas manos de la ansiosa
madre feliz, para el collar primero,
virtió el bardo creador la pudorosa
perla y el iris de su ideal joyero.

De su menudo y fúlgido palacio
surgió la niña mística, cual sube,
blanca y azul, por el solemne espacio
lleno el seno de lágrimas, la nube.

Verdes los ojos son de la hechicera
niña, y en ellos tiembla la mirada
cual onda virgen de la mar viajera
presa al pasar en concha nacarada.

Fina y severa como el arte grave,
alícea planta en la existencia apoya
y el canto tiene y la inquietud del ave
y su mano es el hueco de una joya.

Niña: si el mundo infiel al bardo airoso
las magias roba con que orió tu cuna,
tú la ornarás de nuevo el milagroso
verso de ópalo tenue y luz de luna.

José Martí

Agosto de 1894.

Estos versos, en que el poeta cubano vió en las pupilas glaucas de la hija "los ojillos de Juno, de un verde diluido" del padre, que nos rememora Urbina, fueron publicados inmediatamente en la *Revista Azul*, y cuando don Justo Sierra prologó las obras de Gutiérrez Nájera expresó "que su alma angélica transmigró al alma de su pequeña Cecilia, un serafín a quien nuestro infortunado Martí consagró su última adorable canción". Y agregaba: "yo he visto esa alma palpitar en el fondo de los dulces y claros ojuelos de la niña..." Meses después, el compañero de *El Duque* en la dirección de la *Revista Azul*, don Carlos Díaz Dufoo, evocaba también los versos de Martí en el principio de esta crónica, intitulada *Alrededor del lecho*: "Allí, en la alegre casita de abierto corredor en el que jugueteaba la princesa de blondos cabellos y mirada color de pálidas esperanzas—la que cantó el poeta de los amplios horizontes, las frescas praderas y los arbustos cuajados de rosas blancas:

Verdes los ojos de la hechicera
niña, y en ellos tiembla la mirada
cual onda virgen de la mar viajera
presa al pasar en concha nacarada..."

En fiestas, en reuniones sociales, en tertulias literarias, como las que se efectuaban en el Restaurante de Montaudon, en las comidas del Tivoli, a las que asistió Martí, a pesar de que graves negocios le preocupaban, como veremos después, Gutiérrez Nájera, que lucía en la "boutinière" a la vez que la gardenia cordobesa la insignia de diputado", le servía de amable conducto para realacionarlo con la gente de valor en política y en literatura. Amado Nervo, Balbino Dávalos y otros artistas a quienes entonces comenzaba a sonreír la gloria, entraron en relaciones con Martí precisamente por mediación de Gutiérrez Nájera...

José de J. Núñez y Domínguez